

Colección

Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates

Juventudes argentinas: prácticas culturales, ciudadanía y participación



Florencia Saintout (coordinadora)

Tomás Viviani
Gonzalo Martín
Manuela Papaleo
Manuel Protto Baglione
Paloma Sánchez
Josefina Bolis
Daiana Bruzzone
Ayelén Sidun



Grupo Editor Universitario



CLACSO

Juventudes argentinas:
prácticas culturales,
ciudadanía y
participación política

FLORENCIA SAINTOUT

(COMPILADORA)

Juventudes argentinas: prácticas culturales, ciudadanía y participación política

TOMÁS VIVIANI

GONZALO MARTÍN

MANUELA PAPALEO

MANUEL PROTTO BAGLIONE

PALOMA SÁNCHEZ

JOSEFINA BOLIS

DAIANA BRUZZONE

AYELÉN SIDUN



Grupo Editor Universitario

Saintout, Florencia

Juventudes argentinas : prácticas culturales, ciudadanía y participación / Florencia Saintout (Comp.). - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Universitario, 2016.

80 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1309-26-9

1. Juventud. 2. Ensayo Sociológico. I. Saintout, Florencia II. Título

CDD 305.23

1ª edición: abril 2016

Diseño, composición, armado: m&s estudio

Diseño de tapa: GEU

©2016 by Grupo Editor Universitario

San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-1309-26-9

Queda hecho el depósito de ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Secretario Ejecutivo Pablo Gentili

Directora Académica: Fernanda Saforcada

Área de Desarrollo de la investigación

Coordinador Pablo Vommaro

Asistentes Rodolfo Gómez, Teresa Arteaga, Giovanni Daza, Alessandro Lotti y Ángel Dávila

Área de Producción Editorial y Contenidos Web

Coordinador Editorial: Lucas Sablich

Coordinador de Arte: Marcelo Giardino

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

EEUU 1168 | C1101 AAX Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145/9505 | Fax [54 11] 4305 0875 |

e-mail clacso@clacso.edu.ar | web www.clacso.org

CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)



Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

ÍNDICE

Introducción	9
Jóvenes, política y (des)encuentros con la ciencia social	11
Por TOMÁS VIVIANI	
La militancia como marco de certidumbre	19
Por GONZALO MARTIN, MANUELA PAPALEO Y MANUEL PROTTO BAGLIONE	
La experiencia juvenil mediatizada. Un análisis de apropriaciones culturales de jóvenes argentinos de sectores populares y sus vínculos con las tecnologías de la información y la comunicación.....	29
Por PALOMA SÁNCHEZ Y TOMÁS VIVIANI	
Jóvenes y Estado: apuntes para pensar una política del deseo desde el populismo latinoamericano. El caso del PROG.R.ES.AR.	41
Por JOSEFINA BOLIS	
Jóvenes consumidores de paco. Cuerpo, ciudadanía y poder	53
POR DAIANA BRUZZONE	
Jóvenes y alimentación: su visibilización en la producción web	69
Por AYELEN SIDUN	
Palabras Finales	75

Introducción

Este libro recupera algunas de las producciones, investigaciones y reflexiones alrededor de las juventudes argentinas: prácticas culturales, ciudadanía y participación política que se desarrollan en el Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

Creado en 2008 al calor de las transformaciones en el escenario mundial y especialmente latinoamericano, el Observatorio se funda en la convicción de que ninguna investigación debe ser letra muerta de laboratorio, sino por el contrario, construir un conocimiento en-desde y para la emancipación de nuestros pueblos. De este modo, nuestro espacio se propone como uno donde se pone en valor el compromiso de saberes, de pensar juntos, de unas epistemologías de la esperanza, que no se trata de una mirada romántica, sino de pensar lo que se va reconstruyendo de lo que se fue devastando.

Los artículos que participan de este libro abordan los desplazamientos de grandes grupos de jóvenes al centro de la escena pública, habilitados en mayor o menor medida y mediante una vasta combinación de interpelaciones por las políticas públicas implementadas desde el Estado argentino, y que constituyen nuevas experiencias de participación juvenil (política/ciudadana/social/estudiantil). En este sentido resulta clave el análisis acerca de los procesos políticos y culturales que están poniendo a los jóvenes y a la comunicación como cauce de dos preguntas fundamentales para el actual momento histórico de nuestro país y de América Latina: los modos de ejercicio de ciudadanía en sociedades que, en algunos casos, parecen ampliar cada vez más los límites y la diversidad de los derechos que consagran; y la comunicación como campo para pensar los modos en que se configura la experiencia juvenil contemporánea, en dinámicas de autopercepción y heteroreconocimiento, atravesando las múltiples tensiones que caracterizan a la juventud como categoría social.

Jóvenes, política y (des)encuentros con la ciencia social

LIC. TOMÁS VIVIANI

Durante la década neoliberal, que en Argentina se configura como una “década larga”, desde el advenimiento del menemismo en los últimos días de la década de 1980 hasta la masacre del puente Pueyrredón y la caída de la paridad peso/dólar en 2002, las investigaciones de las ciencias sociales, preocupadas por el desmantelamiento del Estado de bienestar y la consecuente desintegración, que al fin de cuentas causaría la mayor desigualdad que nuestra patria hubiera conocido, abundaron los trabajos que describían a una generación de jóvenes desinteresados de la política, ubicándola como un significante que se homologaba con mayor potencia a la experiencia adulta.

En ese movimiento se vinculaba entonces a la desigualdad y el corrimiento del Estado con cierto desencanto juvenil hacia el mundo adulto, anudado en la política y en lo político. Y esta circunstancia se dio en un contexto global monopolizado por el paradigma posmoderno, que aludiendo al fin de la historia daba por muertos también a lo político y a la política como movimientos tácticos posibles para el despliegue eficaz de los subalternos.

Esta marca de época de las ciencias sociales es sincrónica con una nueva ola masificadora de las empresas de información globalizadas e hiperconcentradas. En nuestro país la década neoliberal fue la misma en la que se instalaron los servicios de televisión por cable, y con ellos las cadenas de noticias televisivas, hasta aquel momento inexistentes. También llegó internet a los hogares de las clases medias y altas, y con ella los portales de información de actualización permanente. Estas nuevas tecnologías, en conjunto con los medios tradicionales, presionaban fuertemente sobre la opinión pública, instalando de manera lineal y ahistórica a

un modo presuntamente apático y desinteresado que caracterizaba a los jóvenes de sectores medios (y especialmente a su vinculación con la política), al mismo tiempo que ubicaban a los jóvenes de sectores populares como el otro peligroso del entramado social.

Por su parte, los medios masivos han presentado a la relación entre juventud y política de varias formas pretendiendo en cada una de ellas negar la relación en cuestión. Un camino ha sido el de la imposibilidad, *jóvenes idealistas* (antes) o carentes (ahora), que no pueden interpretar la complejidad de lo político y por lo tanto tampoco pueden volver eficaces sus deseos colectivos. Otro camino ha sido el de los *jóvenes interesados*, aquellos **quienes**, cálculo mediante, se vuelcan a la política no como fin, como territorio deseable, sino como medio para algún tipo de horizonte indecible. También se ha narrado a ciertos *jóvenes inocentes*, aquellos **quienes** creyendo en la política fueron víctimas del sistema político. Finalmente, un último camino es el de los *jóvenes irracionales*, aquellos que militan en los límites del sistema y cuyas prácticas son caracterizadas como desviadas e incluso ilegítimas.

La sincronidad entre el advenimiento del neoliberalismo y la masificación de las tecnologías de la comunicación a escala global circunscribieron un campo de acción para las ciencias sociales: la posibilidad única de estudiar el deterioro, la devastación, la desafiliación, que en el marco de los estudios de juventud se tradujo a una negación de la política.

Nunca como en aquellos tiempos hubo tanta cantidad de investigaciones sobre juventudes (en plural). Los jóvenes como objeto de estudio estaban en las agendas sociológicas desde la década de 1950, pero es en aquellos años cuando esa agenda se infla y se expande como nunca. Allí la paradoja: cuando los jóvenes se retiran del espacio político es cuando más preguntas sobre la relación juventud y política se produce en el espacio académico.

Las ciencias sociales en tiempos de reconstrucción

La generación actual de jóvenes nació en un tiempo de posibilismos extremos, producto de inmensas derrotas y de una gran victoria, la del capital. Una época sostenida en modelos neoliberales donde se declaró el fin de la historia y de sus luchas. Donde se habló del “declive” de la política y se lo asumió como un proceso natural e inevitable que solo podía ser nombrado sin más como un corrimiento hacia el mercado.

Las ciencias sociales producidas en la larga década neoliberal, aquellos trabajos que se construyeron junto con “los de abajo”, constituyeron

un invaluable aporte para unas disciplinas que habían privilegiado las perspectivas macroestructurales, al tiempo que funcionaban como insumo para denunciar la situación de injusticia y vulnerabilidad a la que se sometía a las mayorías. Si la descomposición ha sido narrada e interpretada con detalles, compromiso y dedicación, los procesos de recomposición, de lucha por la transformación de los modelos políticos, económicos y sociales hegemónicos, ha sido menos trabajados o se ha abordado con mayor dificultad, quizá por la necesidad de desplazar nuestros puntos de vista a nuevos lugares que no estaban en nuestras cartas de navegación académicas, más preparadas para andar a tientas en la oscuridad que a valerse de la luz del día que ilumina la reconstrucción.

Si cuando la descomposición corroía al Estado y acto seguido los jóvenes se retiraban de la política tradicional, de la política de partidos pero también de la militancia en sus vidas cotidianas hacia otras formas de intervención (a veces también politizadas hermenéuticamente por la comunidad científica), proliferaron los trabajos que describían el fin de la relación entre jóvenes y política; en la etapa de la reconstrucción, del reemplazamiento del Estado en el centro de la escena pública, de reposición de la política como dispositivo de la transformación, las ciencias sociales no logran seguir el ritmo a los procesos y movimientos sociales que pretenden estudiar, y cuando lo hacen reproducen la deslegitimación que narran los grandes medios de comunicación. Los estudios sobre juventud de una sociología empirista que debería correr por lugares muy distintos a los de los medios de comunicación masiva, en muchas ocasiones adquieren un mismo tono, sobre todo cuando registran la falta de interés de los jóvenes por la política tradicional.

Nuevas agendas de investigación

En lo que va del siglo XXI hemos asistido a una multiplicidad de movimientos juveniles (las rebeliones urbanas en Francia, la revolución de los pingüinos en Chile, las movilizaciones “emo” en México, las revueltas juveniles en Atenas, el movimiento de jóvenes japoneses, los movimientos políticos y sociales en Argentina) que ven en el espacio público un territorio a ocupar con sus demandas de ciudadanía y que además se organizan para hacerlo y llevan adelante acciones conjuntas. Y aunque no todos, muchos de estos movimientos de jóvenes han logrado articularse con espacios políticos previos logrando muchas veces torcer el rumbo de los acontecimientos.

La reflexión en torno a estos procesos sociales requiere de nuevas agendas de investigación, un nuevo programa basado en la experiencia política juvenil, que ha recobrado el centro de la escena pública y también la mediática pero no la científica o académica (o “experta”, que es el modo neoliberal con el que se denomina la tarea científica). Más aún cuando esos reemplazamientos son protagonizados por movimientos juveniles ubicados en lo que se ha dado en llamar populismo (Laclau, 2005).

Lo que tanto la sociología como los medios masivos han sabido ignorar es la imbricación de la experiencia juvenil con el mundo adulto. O mejor dicho, la inexistencia de un mundo adulto y de un planeta joven escindidos, ocultando a la vez que la relación entre juventud y política no es solo una cuestión de jóvenes en tanto que esta relación se configura en un espacio social constituido por varios actores con diferentes y desiguales relaciones de fuerza y sentido entre sí.

Para poder identificar las posibilidades de agencia de estas experiencias políticas juveniles que se articulan con mundos pre existentes, es necesario un giro epistemológico que asuma que la historia no ha muerto, que no han muerto sus luchas, aunque no haya certezas de por dónde y hacia dónde van. Si no es posible decir que todos los jóvenes hoy son militantes, sí es evidente que hay jóvenes que se autodefinen en esos términos. Ingresaron a la política desde múltiples lugares, pero fundamentalmente desde la convocatoria de un tiempo histórico que los llama a comprometerse, convocados por la política instituida, desde un liderazgo en el gobierno del Estado. Son jóvenes hermanos de aquellos otros que una década atrás decían no creer en nada, en ningún tipo de representación política, ni en los políticos ni en la política; son hijos de aquellos que pasionalmente gritaban “que se vayan todos”.

En los últimos años, varios trabajos producidos desde diferentes espacios académicos pero también periodísticos e incluso en la frontera porosa de esos dos campos han encarado la tarea de dar forma a ese programa de investigación, asumiendo posicionamientos explícitos. Entre ellos podemos destacar el trabajo de José Natanson, *¿Por qué los jóvenes están volviendo a la política?*, donde se ensaya en torno a los procesos de repolitización juvenil sucedidos en distintos lugares del mundo, pensándolos comparativamente, buscando similitudes y diferencias, límites y posibilidades. También el trabajo de Sandra Russo, *Fuerza propia. La Cámpora por dentro*, que recorre los últimos veinte años de la historia política del país a través de las biografías de ocho integrantes de la Mesa Nacional de la agrupación política “La Cámpora”, retratando las diversas formas de participación y acción de estos jóvenes, sus representaciones sobre lo político y sus mecanismos de inserción organizacional.

Con un registro más académico y no casualmente vinculado a CLACSO, el trabajo de Vázquez, Unda Lara, Cubides y Borelli, *Juventudes latinoamericanas: prácticas socioculturales, políticas y políticas públicas*, que sistematiza una serie de investigaciones desarrolladas en diferentes países de América Latina y el Caribe sobre el estudio de las complejas y dinámicas modalidades en que las juventudes latinoamericanas se vinculan con los procesos de movilización social y con las acciones políticas y culturales de las que son principales protagonistas o actores emergentes. También el trabajo editado por Vommaro, Borelli y Alvarado, *Jóvenes, políticas y culturas: experiencias, acercamientos y diversidades*, que trabaja la relación entre política y juventud en Latinoamérica, buscando reconstruir, con sus actores, las diferentes acciones, prácticas y experiencias políticas que se están gestando y así contribuir en la visibilización del carácter performativo que define el acontecer de la política. También desde CLACSO y anterior a los recién mencionados, *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*, a cargo de Vommaro y Alvarado. Y en la misma línea el trabajo de Vommaro, *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*, donde se analizan las formas de la política y las movilizaciones sociales en la Argentina, y en América Latina, enfocando la mirada en las juventudes y sus modalidades de expresión y producción.

Por su parte, la última publicación del equipo de trabajo del Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios —espacio que fundamos en 2008 con la ambición de intervenir en el debate público en torno a asuntos vinculados a las juventudes—, una memoria colectiva titulada *Jóvenes en la Argentina: de actores sociales a sujetos políticos*, se sitúa a la luz de nuevas preguntas, marcadas por un movimiento de lo juvenil como condición, a lo juvenil como experiencia, de la fascinación por la reemergencia y la visibilización de un actor social, a la constitución de un sujeto político; de las y los jóvenes como promesa de futuro, a la juventud como garantía de permanencia de una agenda presente de transformación. Del mismo equipo, el libro compilado por Angelini y Sánchez Narvarte, *Jóvenes y Política. Reflexiones en torno al voto joven en Argentina*, que reúne a varios de los investigadores más prolíficos del campo junto con funcionarios y responsables de políticas públicas para pensar desde múltiples perspectivas el proceso de incorporación de los jóvenes a la política. También se inscriben en estas nuevas agendas el trabajo coordinado por Natalucci y Pérez, *Vamos las bandas: organizaciones y militancia kirchnerista*, y los más recientes *Desarma y Sangra. Rock, política y nación*, de Cecilia Flachsland, que se pregunta por el legado nacional y popular en el centro de

la industria cultural, y *Hacerse un lugar. Circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*, de Mariana Chaves y Ramiro Segura, que analiza diferentes modos en que los jóvenes se vinculan con el espacio urbano, y que fue realizado por uno de los equipos más activos del campo de estudios sobre juventudes.

Todos estos trabajos –y seguramente algunos otros–, dan vuelta la página, dejan atrás aquella epistemología de la devastación y se asoman a una epistemología de la esperanza, una epistemología con los pies en el barro, abrazadora de los movimientos sociales y políticos que se refundaron en nuestra región al calor de los procesos emancipatorios que tomaron forma al alba del siglo XXI. Si en tiempos de descomposición la ciencia social pudo construir un lugar que, aunque sin ocupar una posición determinante o evidentemente activa, sirvió para pensar y denunciar el plan de miseria generalizado del neoliberalismo, le cabe ahora, en tiempos de reconstrucción, replantear su posición para adquirir un rol de mayor protagonismo que pueda dar cuenta de los motivos de esos reemplazamientos, por demás complejos ya que no van en una sola dirección y de una vez y para siempre.

Para esto la ciencia social –y la ciencia en general, si es que existe algo llamado ciencia–, deben reconstruirse con pies de barro, inmersa en aquellos rincones que supo describir con desigual lucidez en los noventa y donde ahora suceden las transformaciones más profundas. En ese sentido, una epistemología de la esperanza, que ya no se ordene a partir de la devastación sino de la reconstrucción, es a la vez una epistemología del barro, del sudor, de los fluidos y los olores del subsuelo de la patria que a contrapelo de toda teoría social se ha dado para sí formas (políticas) genuinas y eficaces para reinventar el horizonte de lo posible.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO, Sara; Borelli, Silvia; Pablo Vommaro.(eds.) (2012). Jóvenes, políticas y culturas: experiencias, acercamientos y diversidades. Rosario, CLACSO -Homo Sapiens.
- ANGELINI, Anahí y Sánchez Narvarte, Emiliano (2014). Jóvenes y Política. Reflexiones en torno al voto joven en Argentina. La Plata, EPC.
- CHAVEZ, Mariana y Segura, Ramiro (2015). *Hacerse un lugar. Circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*. Buenos Aires, Biblos.
- CUBIDES, Humberto; Borelli, Silvia; Unda, René y Vázquez, Melina (2015). *Juventudes latinoamericanas: prácticas socioculturales, políticas y políticas públicas*. E-Book.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires, CLACSO.

- LACLAU, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- NATANSON, José (2012). ¿Por qué los jóvenes están volviendo a la política? Buenos Aires, Debate.
- PÉREZ, Germán y Natalucci, Ana (eds.) (2012). *Vamos las bandas: organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires, Nueva Trilce.
- RUSSO, Sandra (2014). *Fuerza propia. La Cámpora por dentro*. Buenos Aires, Debate.
- SAINTOUT, Florencia (comp.) (2010). *Jóvenes Argentinos: Pensar lo Político*. Buenos Aires, Prometeo.
- SAINTOUT, Florencia (2013). *Los jóvenes en la Argentina. Desde una epistemología de la Esperanza*. Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- SAINTOUT, Florencia y Varela, Andrea (2015). *Jóvenes en la Argentina: de actores sociales a sujetos políticos: memoria colectiva*. E- Book. La Plata, UNLP.
- VÁZQUEZ, Melina (2015). *Juventud, políticas públicas y participación. Un estudio de las producciones socioestatales de juventud en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Ediciones del Aula Taller.
- VOMMARO, Pablo (2015). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*. Buenos Aires, Ediciones del Aula Taller.
- VOMMARO, P. y Alvarado S (2010). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Buenos Aires, CLACSO-Homo Sapiens.

La militancia como marco de certidumbre

LIC. GONZALO MARTIN

LIC. MANUELA PAPALEO

LIC. MANUEL PROTTO BAGLIONE

En este trabajo proponemos una interpretación sobre la participación de jóvenes militantes platenses de distintos partidos desde la temporalidad como dimensión de sus prácticas y experiencias políticas. Dicho análisis se desprende de un trabajo de investigación más exhaustivo, que tomó como objetivo conocer las representaciones sobre la política en jóvenes estudiantes secundarios, sin circunscribir nuestro interés al ámbito escolar.

Hemos estructurado este apartado incorporando, en primer lugar, una descripción teórica amplia de la perspectiva desde donde pensamos la temporalidad, articulada con una problematización sobre la condición juvenil. Posteriormente abordaremos el modo en que los diferentes cortes generacionales producen una diferencia que habilita inscripciones identitarias tanto como consignas políticas. Finalmente, trabajaremos en torno a los ámbitos en que se construye ese marco de certidumbre, reconociendo el modo en que la clase y las instituciones sociales a la que pertenecen habilitan y dan forma a esa proyección.

Temporalidad y juventudes

Incorporamos la dimensión de la temporalidad¹ como categoría de análisis, entendiendo junto a Díaz Larrañaga que “se puede pensar la temporalidad como constitutiva de la identidad” (2010: 79). El eje temporal es

1. Partimos de la idea de que el tiempo es una categoría variable históricamente y construida desde la cultura. Más que un dato cronológico es un dato social: “Pensar el tiempo y la temporalidad social es pensar en las relaciones históricas, hegemónicas y de poder, ancladas

una de las características constitutivas de las identidades, porque “al atravesar la totalidad de la construcción subjetiva, define y condiciona la calidad de esta construcción” (Pirrone, 2010: 176). Si el sujeto se construye en una relación histórica, el tiempo como categoría de análisis es fundamental para comprenderlo, al formar parte y, a la vez, ser “uno de los ejes que organiza las prácticas cotidianas de los hombres” (Díaz Larrañaga, ib. id.). Entonces, la temporalidad como constructo cultural no solo nos sirve como ordenador de las prácticas sino también nos permite la percepción, construcción y experimentación de la vida cotidiana. En otras palabras, y retomando nuestro referente empírico, cada uno de los jóvenes militantes que entrevistamos son portadores de una experiencia que los hace ser ellos y por la cual hablan, pero a su vez, son hablados por una época.

Consideramos que nuestro presente supone un vínculo diferente de los y las jóvenes con la vivencia de su tiempo histórico. A fines del milenio pasado, por ejemplo, Ulrich Beck (1998) planteaba la idea de sociedad del riesgo, caracterizada por este intelectual como productora y repartidora de peligro, donde reinaba el puro presente y la sensación de ser testigos de un cambio social. En ese contexto, los jóvenes², según Beck, debían hacer frente a estos nuevos dilemas que planteaba la segunda modernidad, o en términos de Zygmunt Bauman (2002), la modernidad líquida. De esta manera, siguiendo la propuesta de Beck, las marcas epocales de aquél tiempo en el cruce de los siglos que signaron a la sociedad en su conjunto fueron el riesgo y la vulnerabilidad, si pensamos junto a Svampa (2005) en el avance de la sociedad excluyente o en las vías muertas que encontraba Auyero (1993). Específicamente, en torno a los jóvenes y en nuestra región, la fragmentación y la descomposición del tejido social que seña la época se evidenciará en su inscripción en múltiples y variadas organizaciones, que “ya no son movimientos de masas generadoras de identidades colectivas, sino grupos de pertenencia y contención identitaria que intervienen en forma parcial en la vida social y ya no sienten (estos jóvenes) que el futuro les pertenece, por el contrario deben construir y sostener su presente” (Molinari, 2006:70). En esas condiciones históricas, sociales y culturales, donde la literatura especializada describía las urgen-

en las prácticas de socialización que marcan nuestros modos de actuar, percibir, recordar u olvidar, pensar, ser sujetos sociales” (Díaz Larrañaga, 2006:8).

2. Cabe distinguir que el tiempo de incertidumbres impacta diferencialmente en las clases sociales: para los sectores medios-altos fue libertad de poder elegir y redireccionar su vida tantas veces como quisieran; para sectores medios-bajos fue entregarse a la deriva y esperar que surjera alguna oportunidad; para sectores bajos, en cambio, es una incertidumbre sobre la vida y la supervivencia, en contextos de extrema precariedad y exclusión (Saintout, 2006).

cias de sostener el presente asumido a partir de los riesgos y el miedo, la acción colectiva, la construcción política, osciló entre la respuesta a la urgencia derivada del agravamiento de las condiciones de existencia y la posibilidad de construir un proyecto colectivo estable, organizado y perdurable (Merklen, 2005).

Durante el trabajo de campo realizado, pudimos observar que los jóvenes militantes constantemente se enuncian perteneciendo a un proyecto político que los moviliza, que los hace poner el cuerpo, esforzarse y comprometerse. El principal atributo con el que identifican a dicho proyecto siempre está asociado a lo colectivo, como algo compartido y vivido en conjunto con los otros militantes que forman parte de sus estructuras político-partidarias. Sobre este punto, Bolis (2014) propone pensar el proyecto no como un resultado de cierta previsión del mañana, “sino como condición de las certezas mismas”, afirmando que “en la capacidad de articulación a proyectos colectivos se basa la estabilidad del presente. Para un actor político, tener proyecto es tener una dirección y tener un terreno firme desde el cual avanzar” (Bolis, op.cit.: 75).

Entonces, siguiendo la propuesta de Bolis, la posibilidad que tienen los jóvenes contemporáneos de pensar en términos de proyectos –y no de cualquier tipo de proyectos, sino en proyectos políticos y colectivos– desafiaría o pondría en tensión aquella marca epocal del presente como riesgo y precariedad que sugería Beck. Siguiendo la línea de este autor, Lechner planteaba que en las temporalidades de la crisis pretender que se pueda “promover un proyecto social a largo plazo suena más a utopía que a realidad” (Lechner en Pirrone 2010: 178). Y Martín Barbero, al analizar metáforas de la experiencia social en el marco de la cultura en las crisis latinoamericanas decía: “se nos hace imposible construir proyectos, ‘hay proyecciones pero no proyectos’, pues algunos individuos se proyectan pero las colectividades no tienen donde asir los proyectos. Y sin un mínimo horizonte de futuro no hay posibilidad de pensar cambios” (2004: 296).

Pero estos jóvenes que entrevistamos enmarcan su participación política en un colectivo y uno de los sentidos que construyen en relación a esa práctica es la idea de transformación de la realidad desde las vías tradicionales de la política. En todos ellos está presente la percepción de que la organización y la movilización en el marco de estructuras partidarias es el modo legítimo de disputar los recursos del Estado. Entonces, el lugar que le otorgan a los proyectos políticos y colectivos es central, en tanto se constituye como una plataforma de acción dentro de un contexto en el que los recursos del Estado se siguen disputando a través de estructuras políticas tradicionales, las únicas que, según sus visiones, permiten implementar un orden social distinto.

Juventudes, disputas y generaciones

En los relatos de los y las jóvenes gravita con particular fuerza, como se ha dicho, la idea de intervención en la realidad pensada como un proyecto colectivo para modificar las estructuras sociales. De alguna manera, el poder pensar así está habilitado por un tiempo histórico en donde “el Estado es visto como una herramienta de transformación y un escenario de disputas políticas” (Vázquez y Vommaro, 2012: 170). En este sentido, desde el discurso del kirchnerismo³ —que, y no es menor, es un discurso que se propone desde la plataforma estatal— se han realizado operatorias tendientes a re-prestigiar la política y la militancia, señalando que la transformación es posible en y desde el Estado (Bolis 2014, Natalucci y Pérez 2012, Saintout 2014).

Sobre estos discursos hegemónicos actuales, donde hay una invocación directa a la juventud como actor político, Melina Vázquez (2013) considera que la juventud se construyó como causa pública y fue legitimada desde la dirigencia política adulta: “la consagración de la juventud como valor o capital político tiene menos que ver con la propia intervención de la juventud en el campo político que con la consagración de los adultos de la condición juvenil. En otras palabras, lejos de ser resultado de disputas generacionales por el ingreso y la participación en un mismo campo, es reivindicada por dirigentes adultos” (Vázquez, op.cit.:5).

No obstante, en nuestros entrevistados pudimos ver operaciones en sentido opuesto cada vez que los militantes demandaron dar lugar a los jóvenes, renovar la política, o alejarse de las viejas estructuras, confrontando así con las estructuras partidarias tradicionales —como el Partido Justicialista o la Unión Cívica Radical— que para ellos representan la vieja política del mundo adulto. Algo similar plantean a la hora de establecer vínculos con sus referentes políticos, a quienes valoran positivamente en tanto que sean jóvenes como ellos. Desde la visión de Vázquez y Vommaro (2012) esto último es un rasgo de la política argentina contemporánea, donde “ser joven se convierte en un valor positivo que incluso puede llegar a desplazar a la experiencia o a la trayectoria como capital político. Es importante ‘parecer’ joven o ‘aparecer’ como joven, y no solo ‘ser’ joven, puesto que los atributos juveniles aparecen como valores que facilitan la apertura de espacios políticos antes reservados a los adultos” (Vázquez y Vommaro, 2012: 173).

3. Utilizamos esta expresión para hacer referencia a los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011, 2011-)

Pero más allá de las características del contexto socio histórico en el que viven los jóvenes entrevistados y de los discursos hegemónicos que promueven o no procesos de identificación, reconocimiento o adhesión a la práctica militante, nos preguntamos qué realidades concretas, materiales, habilitan a nuestros entrevistados a proyectarse hacia el futuro y a inscribirse en proyectos políticos y colectivos. Entendemos que es desde el tiempo presente desde donde se articula y se proyecta el futuro, ya que no podemos pensarlo desligado de las temporalidades. En efecto, consideramos que “el porvenir se construye con la síntesis de lo que fuimos y las posibilidades y limitaciones con las que somos. El futuro no es un espacio aislado del devenir histórico al que se asalta de un día a otro sino que implica una continuidad con lo dado del pasado y las condiciones del presente” (Angelini y Zangara, 2009:125).

Los jóvenes que hemos propuesto para nuestra investigación son sujetos que se animan (aun en el marco de ciertas incertidumbres) a hablar del futuro, de un futuro que los moviliza, al que se asoman en el marco de relaciones sociales que experimentan como redes de contención tanto a nivel material como simbólico. A la hora de pensar sus futuros, los jóvenes proyectan, en primer lugar seguir militando y en segundo lugar, continuar con sus estudios superiores en la Universidad Nacional de La Plata. Respecto a otras estructuras clásicas, tales como trabajar o formar una familia, no hacen ninguna mención. La idea de continuar una carrera universitaria puede ser leída como un mandato familiar, si tenemos en cuenta que todos los informantes son hijos/as de padres profesionales. De esta manera vemos que estos jóvenes de sectores medios ven la universidad como una “institución propia, la perciben como un espacio propio, como destino inevitable para muchos pero no por esa razón negativo” (Saintout, 2006:152).

Es interesante ver cómo la universidad pública aparece como un espacio valorado positivamente por estos estudiantes secundarios, aún cuando algunos de ellos han transitado por colegios privados. En este sentido, la legitimidad que le otorgan a la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) en particular contrasta mucho con la visión que todos ellos comparten respecto a la educación pública del nivel secundario, cargada de connotaciones negativas respecto a cuestiones que hacen a la currícula y al proceso de enseñanza/aprendizaje, como las relacionadas con factores materiales tales como la infraestructura edilicia. Aquellos entrevistados que tienen una trayectoria formativa inscripta en colegios nacionales de la UNLP se sienten agradecidos del nivel educativo que consideran haber tenido allí. Para ejemplificar esto, los propios actores reconocen que tanto en el Liceo, como en El Nacional o el Bellas Artes se dan verdaderas discusiones políticas, además de prepararlos mejor para la vida universitaria.

Esta representación que tienen los jóvenes de nuestra investigación que estudian en los colegios de la universidad también es compartida por los estudiantes secundarios de las otras escuelas, tanto privadas como públicas, al plantear que a la hora de convocar a una marcha o realizar una actividad siempre es importante contar con la presencia o el apoyo de dichos colegios, ya que hacen más legítimos sus reclamos. De esta manera, podemos ver en los jóvenes cierto imaginario que otorga un halo de prestigio y status a los colegios dependientes de la UNLP.

Un marco de certidumbre y sus ámbitos de construcción

Como planteamos anteriormente, estos jóvenes se proyectan en un futuro cercano continuando con su trayectoria formativa dentro de la universidad, espacio al que conciben como habilitante de sus identidades político-partidarias, a diferencia de lo que sucede en las escuelas, como veremos más adelante. De este modo, según los relatos de los entrevistados, la experiencia universitaria es proyectada de modo indisociable con su participación política, es decir, continuar su militancia, convertirse en militantes universitarios, es una meta importante que viven con expectativa. Muchos de ellos comentan que ya han tenido una participación política dentro del ámbito universitario, puntualmente durante las elecciones estudiantiles, pero siempre resaltan que lo hicieron en calidad de secundarios, diferenciándose de sus compañeros del frente universitario de cada una de las organizaciones. La posibilidad concreta de que la universidad se configure para estos jóvenes como un horizonte común, también tiene relación con la categoría de moratoria social, su pertenencia a los sectores medios y la integración en otros clivajes estructurales como el género y las relaciones familiares⁴. El seguir una carrera universitaria no sólo plantea una continuidad con la trayectoria de sus familias, en tanto que se proyectan a futuro como profesionales al igual que sus padres, sino que también da cuenta de unos recursos materiales y simbólicos que los habilitan a retrasar sus ingresos al mundo del trabajo para poder concretar su formación universitaria.

Durante el proceso reflexivo de esta investigación nos resultó interesante construir la noción de “marco de certidumbre”, para pensar la partici-

4. En las elecciones que las jóvenes entrevistadas realizan para sus carreras profesionales (desde ingenieras hasta maestras) observamos la tensión que se da cuando la universidad es vivida como posible espacio de construcción de empoderamiento y al mismo tiempo de rearticulación de trayectorias de subordinación, en virtud de las lógicas del patriarcado que se reciclan en procesos que en primer instancia aparecen como transformadores.

pación política de los jóvenes entrevistados. Con ella hacemos referencia a un conjunto de ideas, valores y percepciones que sirven a estos jóvenes para pensarse en el futuro y para imaginar lo que el futuro les deparará. De este modo, cuando decimos “marco de certidumbre” no hacemos referencia a algo positivo en sí, en términos de deseos o sueños, ni tampoco significa que esto vaya a ser efectivamente así, teniendo en cuenta que dicha noción sólo puede ser pensada a partir de las condiciones socio-históricas del presente.

Hablar de la militancia como un marco de certidumbre implica reducir las cuotas de azar, de contingencia, y aumentar la capacidad de intervención en la construcción del porvenir en virtud de unos procesos identificatorios que los anclan fuertemente en un sentido del presente histórico y los habilita a sentirse protagonistas de una época. Entonces, el marco de certidumbre que constituye la militancia de estos jóvenes traza un itinerario a futuro en donde se restituye la esperanza en los proyectos políticos y la percepción de que el cambio es posible. Con esto último no queremos decir que la militancia como marco de certidumbre se presente como un “modo exitoso” de transitar por la vida, o que las certezas de los jóvenes refloten el imaginario moderno de la fe en el progreso. Frente al futuro como “metáfora incierta y perturbadora” que plantean Margulis y Urresti (1996: 8), la participación política aparece como el lugar a partir del cual proyectarse a futuro. Es decir, estos jóvenes no proyectan formar una familia o trabajar, de lo único que están seguros es que quieren seguir militando. De esta manera podríamos arriesgar la idea de que la militancia como marco de certidumbre se construye en una relación dialéctica: entre una participación política en el presente que abre caminos transitables, a través de proyectos que otorgan certezas sobre los movimientos y la situación del colectivo en el futuro; y unos proyectos políticos que refuerzan los lazos hacia el interior de las organizaciones, generando expectativas y ganas de hacer, de transformar, de seguir militando.

Si, tal como planteamos en otros trabajos, la militancia de estos jóvenes podría considerarse como una moratoria en otro sentido (Vázquez, 2009), es durante ese tiempo de retraso frente a las responsabilidades del mundo adulto en donde los jóvenes a través de su participación política van adquiriendo una serie de capitales políticos, culturales y simbólicos, al mismo tiempo que disponen de un campo de experiencias válidas mediante los repertorios de acción que despliegan en su vida diaria. El conjunto de esos capitales y experiencias les permitiría a estos jóvenes enfrentar su presente con ciertas competencias cualitativamente diferentes a las de otros jóvenes, cuyos recursos a la hora de ordenar sus trayectorias biográficas y la vida social tienen otras lógicas. En relación a esto, son los

propios jóvenes quienes consideran que su participación política configura una forma de vida diferente y esta diferencia se basa en una distribución particular del tiempo dedicado al estudio y a otras actividades que consideran como juveniles. Esto implica un reconocimiento diferenciado, la percepción de que su juventud, la juventud que viven estos jóvenes, no es la juventud configurada por las narrativas mediáticas y los discursos adultocéntricos.

Por lo tanto, al percibir su experiencia de la juventud como diferente frente a la de otros pares, jóvenes pero no militantes, generan procesos de identificación diferentes. Es decir, aunque entienden que son jóvenes, son jóvenes militantes, y esto los pone en un lugar que les permite percibirse como los diferentes —distinción que se acentúa en los espacios escolares— porque sus vidas están atravesadas por unas prácticas particulares que estructuran sus usos del tiempo de otra manera. De este modo, la participación política es presentada por los jóvenes como ordenadora de sus rutinas diarias, y en gran medida esto sirve para entender esos cambios en las prioridades a los que aluden, esa reestructuración de la vida cotidiana en la que la escuela pasa a un segundo plano.

A modo de cierre, nos interesa señalar que una posible vía para profundizar la problematización de la noción de participación política como marco de certidumbre y su utilidad, es indagar en las prácticas y modos de organización que los y las jóvenes militantes ven como necesarias en todo momento. Es decir, cuáles formas de esa participación reconocen como contingentes y cuáles como fundantes de ese marco de certidumbre. Esta tarea podría cobrar relevancia particularmente a partir de este contexto político de fines del 2015, signado por la primera definición en balotaje del presidente de la Nación. Ante lo que fue visto por muchos intelectuales y académicos como un repliegue del interés por la política en amplios sectores sociales, algunos de los jóvenes que habíamos entrevistados se vieron en la siguiente disyuntiva: ¿es la mejor estrategia para nuestro candidato que dejemos de hablar de política? ¿Cómo podríamos seguir siendo militantes sin confrontar, sin discutir? En esta situación, que quizás no deberíamos apurarnos en definir como un momento bisagra, probablemente sí se estén redefiniendo algunas de esas prácticas y modos de organización.

BIBLIOGRAFÍA

ANGELINI, A. y Zangara, M. (2009). Perseguidores de lluvia en tiempos de sequía universal. Tesis de Grado. La Plata: FPyCS.

- AUYERO, J. (1993). Otra vez en la vía (Notas e interrogantes sobre la juventud de los sectores populares). Buenos Aires: Espacio.
- BAUMAN, Z. (2002). Modernidad líquida. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BECK, U. (1998). La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad. Barcelona: Paidós.
- BOLIS, J. (2014). Jóvenes y soberanía: Hegemonía, discursos y trayectorias hacia la emancipación. Tesis de Grado. La Plata: FPyCS-UNLP.
- DÍAZ LARRAÑAGA, N. (2010). Subjetividad y temporalidad. Aportes disciplinares y prácticas socioculturales. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- MARGULIS, M. y Urresti, M. (1996). La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud. Buenos Aires: Biblos.
- Martin Barbero, J. (2004). Metáforas de la experiencia social. En GRIMSON, A. La cultura en las crisis latinoamericanas. Buenos Aires: CLACSO.
- MERKLEN, D. (2005). Pobres ciudadanos. Buenos Aires: Gorla.
- MOLINARI, V. (2006). "Juventudes argentinas, una forma de mirar el mundo: entre la voluntad de los 70' y la reflexividad estética de los 90". Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y juventud. Vol. 3. N°1. Universidad de Manizales-CINDE, Colombia.
- PÉREZ, G y Natalucci, A (eds.) (2012) .Vamos las bandas: organizaciones y militancia kirchnerista. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- PIRRONE, G. (2010). Tiempo, identidad y construcción comunitaria. En Question. Revista Especializada en Periodismo y Comunicación. Vol. 1, N° 28. Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- SAINTOUT, F. (2006). Jóvenes: el futuro llegó hace rato. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- SAINTOUT, F. (2014). Jóvenes en Argentina. Desde una epistemología de la esperanza. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- SVAMPA, M. (2005). La sociedad excluyente. Argentina bajo el signo del neoliberalismo, Buenos Aires: Taurus.
- VÁZQUEZ, M. y Vommaro, P. (2013). La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora. En: PÉREZ, G y Natalucci, A (eds.). Vamos las bandas: organizaciones y militancia kirchnerista. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- VÁZQUEZ, M. (2013). "En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento". Revista Argentina de Juventud, N° 7. La Plata: FPyCS-UNLP.
- VÁZQUEZ, M. (2009). "La política desde abajo: narrativas militantes de jóvenes desocupados y desocupadas en Argentina", Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Manizales, Doctorado en Ciencias Sociales,

Niñez y Juventud del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud de la Universidad de Manizales y el Cinde, vol. 7, núm. 1, (enero-junio) pp. 423-455.

VIVIANI, T. (2012). Informe Anual 2012. Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

La experiencia juvenil mediatizada Un análisis de apropiaciones culturales de jóvenes argentinos de sectores populares y sus vínculos con las tecnologías de la información y la comunicación

LIC. PALOMA SÁNCHEZ
LIC. TOMÁS VIVIANI

Introducción

El presente artículo tiene por objetivo reflexionar críticamente sobre el vínculo de los jóvenes argentinos de sectores populares con las llamadas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en un escenario contemporáneo de profundas transformaciones socioculturales a nivel mundial. Para ello, presentaremos algunos de los resultados obtenidos en una investigación nacional realizada en conjunto entre el Programa SUMAR del Ministerio de Salud de la Nación y el Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata⁵.

Durante el trabajo de campo de dicha investigación, realizado durante 2013 y 2014, se utilizaron tres herramientas centrales para la recolección de datos: una encuesta semiestructurada para relevar sentidos juveniles; entrevistas semiestructuradas para relevar sentidos adultos sobre las prácticas de los jóvenes; y en tercer lugar, análisis de campañas de comunicación, para reconocer los modos en que los medios masivos interpelan

5. La investigación se denomina "Jóvenes, comunicación y salud. Representaciones en la vida cotidiana y en campañas mediáticas", y fue dirigida por la Dra. Florencia Saintout y el Dr. Martín Sabignoso y coordinada por el Lic. Tomás Viviani.

a las juventudes y a la vez construyen y refuerzan representaciones en torno a ellos.

El objetivo general de la investigación fue conocer la relación que los y las jóvenes tienen con la salud en general y con el funcionamiento del sistema sanitario en particular. En este sentido, tres sub temáticas se desprendieron del análisis, que incluyó en todos los casos la perspectiva juvenil, la de los adultos referentes involucrados y las configuraciones mediáticas. Las tres sub temáticas abordadas luego en reflexiones particulares fueron: las modalidades de participación juvenil; una mirada con perspectiva de género de las prácticas y representaciones juveniles, y por último, el acceso a la información y apropiación de tecnologías de la comunicación por parte de los jóvenes argentinos. A los fines del presente artículo repondremos algunas de las principales conclusiones de esta última, reconstruyendo la perspectiva de los propios jóvenes.

En relación al relevamiento de datos, se llevó a cabo una encuesta a 2599 jóvenes de entre 13 y 19 años, que fueron consultados sobre sus condiciones de vida, percepciones acerca de la salud propia y de otros, acceso a la información, relación y apropiaciones de medios de información y redes sociales y espacios de participación juveniles. Esto incluyó, además, un relevamiento de las marcas de época juveniles, sus hábitos comunicacionales y vínculos con las instituciones comunitarias, prioritariamente los centros/efectores de salud públicos y las escuelas. Además, se realizaron 80 entrevistas en profundidad en todo el país a referentes adultos de los centros de salud y de las escuelas visitadas y, en menor medida, a actores de la comunidad, tales como responsables de comedores y/o clubes barriales e iglesias.

Algunos datos para pensar el vínculo de los jóvenes con las TIC. Acerca de la juventudes

Para delinear ciertas preguntas en torno a las y los jóvenes y los medios de comunicación, se vuelve necesario explicitar una breve definición sobre las juventudes. La juventud se construye como un sujeto social a partir de su relación con otros actores sociales, por lo cual la definición de lo que es ser joven no es universal, sino que va cambiando a la par del contexto histórico, político y social. Es decir, no existe un “mundo joven” ni hay una esencia de “la juventud”. Lo que existe es un conjunto de relaciones sociales —de poder, de fuerza—, que van estableciendo los límites de lo que en cada época se considera como juvenil (Saintout, 2009).

Estas relaciones entre los distintos actores sociales están atravesadas por una serie de discursos e imaginarios sobre lo que cada uno espera del

otro. Así, la juventud como sujeto social se construye a partir de diferentes discursos: el de los propios jóvenes (que no es único ni está exento de tensiones y contradicciones), el de los adultos, de las instituciones (familias, sistema de salud, sistema educativo), y el de los medios de comunicación, entre otros. De este juego relacional provienen las condiciones objetivas para pensar lo juvenil en cada coyuntura histórica.

Cuando hablamos de juventudes, debemos hacerlo en plural para poder abarcar las diferencias, diversidades y desigualdades que se cristalizan en la experiencia juvenil. Esto habilita pensar en la existencia de diferentes y desiguales modos de ser joven, dependiendo del lugar que cada conjunto de actores ocupan en el espacio social: clase, territorio, género, referencias identitarias, lenguajes, formas de sociabilidad, prácticas, etc. Entonces, para hablar de las y los jóvenes, es necesario correrse de la mirada etaria y observar que el dato biológico en realidad está cargado de sentidos sociales y culturales. Sin embargo, se debe considerar que los y las jóvenes son también estereotipados y contruados por otros discursos sociales que muchas veces los estigmatizan y —lejos de construirlos como agentes— los ubican como sujetos en peligro y ponen en duda sus capacidades para resolver o definir cuestiones de la vida cotidiana. Esto, en gran medida, se debe a los modos en que los medios de comunicación, en tanto que actores sociales, instauran su relato de la realidad, buscando legitimar sus puntos de vista como representación de toda la ciudadanía.

Características socioculturales de las y los jóvenes estudiados y sus hogares

Para comprender las ideas, opiniones y valores de los y las jóvenes es necesario reconocer el contexto histórico, social y político en el que les toca vivir. Sus dichos deben ser leídos en relación a esos otros discursos que circulan por la sociedad y que tienen su fuente de origen en actores tan diversos como los medios, las instituciones, la familia y los adultos. Todos estos discursos no conviven en armonía sino que están en una constante disputa, en la que también juegan lógicas de poder y relaciones de fuerza. Las representaciones de los jóvenes no se construyen de manera aislada, sino que están estrechamente vinculadas con ese entramado de sentidos que luchan por instituir determinadas visiones legítimas del mundo, según los intereses de cada actor.

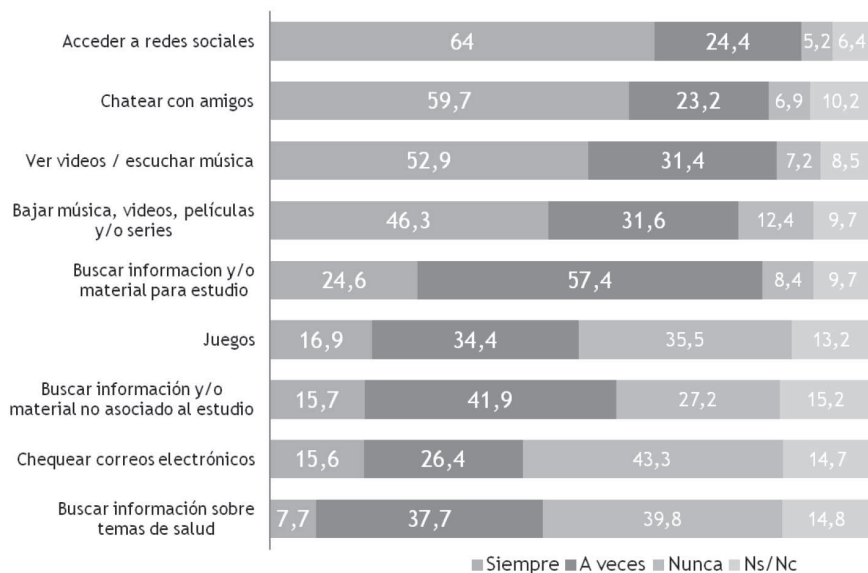
Los dos parámetros principales utilizados para definir la muestra con la que se trabajó estuvieron ligados a la edad (entre 13 y 19 años) y a que se tratara de una población con alta percepción de Asignación Universal por

Hijo (AUH). El 50% de los y las jóvenes son destinatarios de este Programa. Un dato relevante surgido de la encuesta es que el 50% de los jóvenes declaró no tener ningún tipo de cobertura médica. Otro dato a tener en cuenta es que 4 de cada 10 jóvenes han trabajado alguna vez. De este 40%, más del 85% trabajó durante el 2013. Por otro lado, provienen de familias con bajos niveles de escolarización. Todos estos datos permiten generar una caracterización de los y las jóvenes con los que se desarrolló el trabajo de campo: provienen de barrios periféricos; pertenecen a familias de bajos recursos y, en su mayoría, numerosas (en el 65% de los hogares viven más de cinco personas).

Medios, redes y acceso a la información

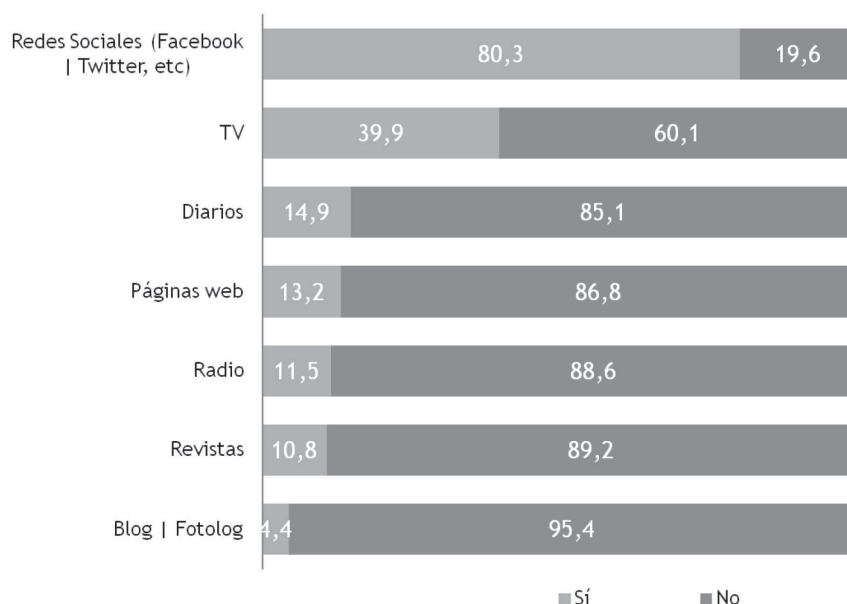
Los datos recogidos muestran a jóvenes para los cuales las nuevas tecnologías son parte fundamental de sus vidas y de sus procesos de socialización. El 80% de los encuestados tiene computadora, mientras que el 85% afirma que utiliza Internet. De ese porcentaje, el 40% asevera que se conecta todos los días. El principal uso que le dan está ligado a las redes sociales y al encuentro con amigos y amigas (Ver gráfico 1). Además, el 85% tiene cuenta de Facebook y el 83% tiene celular.

GRÁFICO 1
USOS DE INTERNET



La mayor parte de las y los jóvenes coinciden en que son las redes sociales el mejor lugar para participar y hacerse escuchar. Además, consideran que son estos espacios los que mejor “reflejan” su realidad.

GRÁFICO 2
¿CUÁL DE LOS SIGUIENTES MEDIOS CREÉS QUE REFLEJA MEJOR LA REALIDAD
DE LOS CHICOS Y CHICAS COMO VOS?



Otro de los medios más utilizados por los jóvenes es la televisión. Tanto es así que el 95% afirma mirar televisión habitualmente. Estos jóvenes miran en promedio entre una y dos horas de TV al día y el momento más elegido es la noche. Por otro lado, los géneros más visto son las series y novelas de producción nacional e internacional (40%) y en segundo lugar aparecen los dibujos animados (16%). Dentro de estos rubros, los programas más elegidos fueron “Casados con hijos”, “Solamente vos”, “Vecinos en guerra” y “Cumbia ninja”, y en dibujos animados “Los Simpsons”.

Jóvenes y TIC

De la encuesta surge que 8 de cada 10 jóvenes tienen computadora y un número mayor accede a Internet, principalmente desde sus casas y en menor medida a través de dispositivos móviles como celulares. Con un pro-

medio de conexión que ronda las 3 horas diarias, los usos que hacen de la web son variados y abarcan prácticas como el acceso a redes sociales, chat con amigos/as, ver videos, escuchar música o la descarga de contenidos multimedia. Respecto al uso de las redes sociales, destacan como favoritas a Facebook (8 de cada 10 tiene un perfil de usuario), Youtube y Twitter.

(Re) Construyendo el mapa de situación

Los estudios en comunicación y cultura en relación a las TIC oscilan, tradicionalmente, entre los polos de un *exagerado optimismo tecnológico* —en el que las tecnologías funcionarían como posibilitadoras de la producción de sentidos propios y la comunicación global, desconociendo las desigualdades materiales y simbólicas existentes— y el *pesimismo político* —en el que la balanza siempre se inclina hacia lo que las TIC imposibilitarían, dejarían o desecharían, en especial a la hora de concebir las configuraciones de las subjetividades y socialidades juveniles (Martín Barbero, 2005, p. 119; Piscitelli, 2012). En los estudios sobre la relación entre juventudes e industrias culturales, particularmente, también existe una tendencia hacia dos visiones extremas. Un primer enfoque propone una construcción de los niños, las niñas y jóvenes como víctimas inocentes y completamente vulnerables a la influencia de las TIC y la cultura masiva, en una concepción que los supone pasivos y manipulables. El segundo enfoque se centra en una mirada sentimental e idealizada respecto del poder de las tecnologías en sí mismas y, a su vez, en las condiciones esenciales y naturalizadas que las y los jóvenes establecen con ellas.

Estas perspectivas suelen desvalorizar estos dispositivos, al entenderlos como enemigos de la cultura o exaltarlos como salvación de la sociedad y de la educación. Por ello, creemos relevante recuperar la pregunta por el poder y los dispositivos de dominación que construyen en gran medida la relación de las juventudes y la sociedad con las TIC, sin caer en la denuncia de la “decadencia de la cultura” ni en la creencia en un desarrollo natural de la participación y la inteligencia colectivas. Ni apocalípticos ni integrados, sostenemos que es necesario que las ciencias sociales se hagan cargo de los desafíos y posibilidades que las nuevas condiciones materiales despliegan. Así, entendemos las TIC dentro de condiciones socio-históricas en donde los sujetos “tejen” significados particulares y propios a cada momento histórico, lo que no implica desatender la existencia de las estructuras que también operan en la construcción de lo social. Entonces, partimos de reconocer las tecnologías como hechos sociales caracterizados por el rol fundamental y necesario de los sujetos, en tanto

articuladores de estos procesos. Retomamos la definición de Raymond Williams acerca de las tecnologías, porque considera que toda tecnología es social y se liga a otras relaciones e instituciones sociales (Williams, 1992). En este sentido, nuestra propuesta es pensar las tecnologías como producciones sociales, como artefactos que surgen de acuerdo a un contexto determinado al que modifican y por el que son modificadas.

En particular, las tecnologías de la información y la comunicación han sido definidas como aquellas que reemplazan a las tecnologías analógicas e inauguran nuevos procesos de transmisión y percepciones del espacio y del tiempo. Se las considera reflexivas en tanto se pone en juego la racionalidad del hombre para relacionarse con ellas y también interactivas porque permiten la interacción entre ellas como con el usuario. Desde esta mirada entendemos que lo virtual forma parte de la vida cotidiana de las juventudes y que no pueden ser concebidas como dimensiones posibles de ser disociadas. Así, las prácticas que se realizan *online* tienen su origen en lo *offline*: las experiencias conjugadas a través de internet van más allá de los encuentros al estar conectados. Como lo entiende Christine Hine, “entre ambos mundos existe una multiplicidad de referencias materiales y simbólicas en la vida cotidiana y en los medios de comunicación que los imbrican, más allá de que la computadora esté encendida o apagada” (Hine, 2004). Entre estos espacios se comparten vínculos, relaciones y experiencias que no se limitan a la información y a la comunicación, sino que también afecta a una configuración de los cuerpos, del funcionamiento económico, de los marcos colectivos de la sensibilidad y al ejercicio de la inteligencia.

Convergencia digital y nuevas subjetividades y sociabilidades

Vivimos un proceso de cambios profundos que reconfiguran los modos de producción, distribución y circulación de los bienes simbólicos. Las tecnologías de la información y la comunicación se han convertido en una dimensión relevante de las cotidianidades, atravesando desde los modos de conocer y los desarrollos industriales hasta las estructuras políticas, económicas y culturales. Así, las y los jóvenes en la actualidad viven una experiencia cultural distinta, nuevas maneras de percibir y actuar en el mundo. Sus subjetividades se trazan en la intersección del texto escrito y la imagen electrónica, es decir, se definen no sólo en el libro que leen sino, y fundamentalmente, en los programas de televisión que miran, el texto multimedia por el que navegan, en la música que escuchan, en los deportes y actividades barriales que practican o siguen y en sus prácticas de interacción cotidiana.

Estas juventudes actuales, atravesadas desde la infancia por las TIC, entienden y actúan desde nuevos modos de percepción del tiempo y del

espacio, desde diversas formas sensibles, códigos y manifestaciones estéticas. Ponen en crisis y reconfiguran los sentidos racionales y ordenados de las prácticas pedagógicas escolarizadas, diseñadas preferentemente desde los parámetros de la razón y el saber científico-tecnológico. Esto sucede porque hay flujos de contenidos y experiencias que circulan por múltiples plataformas mediáticas. Henry Jenkins fue uno de los primeros investigadores en pensar los medios en relación y proponer la noción de *convergencia* para comprender las relaciones que entablan los jóvenes con su entorno y analizar las construcciones de sus propias subjetividades y formas novedosas de sociabilización. Esto da cuenta de los múltiples “procesos de intercambio, producción y consumo simbólico que se desarrollan en un entorno caracterizado por una gran cantidad de sujetos, medios y lenguajes interconectados tecnológicamente de manera reticular entre sí” (Scolari, 2008: 113-114). En esta línea, emergen nuevas configuraciones que van más allá del universo de los medios tradicionales. Como define Pierre Levy (2007), “las diferentes concatenaciones de medios, tecnologías intelectuales, lenguajes y métodos de trabajo disponibles en una época determinada, condicionan fundamentalmente el modo de pensar y funcionar en grupo de una sociedad”.

Accesos a las TIC, brecha e inclusión digital

Si bien reconocemos el rol fundamental que tienen las TIC en la sociedad, no podemos ignorar la enorme diversidad y desigualdad con la que los sujetos se acercan, poseen y apropian de los dispositivos y los saberes que permiten acceder a estas tecnologías. Por ello, para el estudio de las apropiaciones de TIC es necesario mirar las prácticas que incorporan las tecnologías en las diferentes esferas de la vida cotidiana.

Así, reconocemos diferencias de acceso a las tecnologías en las distintas regiones del país como así también pensar que la totalidad de las y los jóvenes son “nativos digitales” por haber nacido en las últimas décadas, oculta las desigualdades al interior de las juventudes.

En este marco, se ha acuñado el concepto de *nativo digital* para plantear una distinción entre los inmigrantes y los nativos digitales. Estos últimos serían los y las jóvenes nacidos entre fines de 1980 y principios de 1990, que crecieron rodeados de tecnología: computadoras, videojuegos, teléfonos móviles, videocámaras y otras herramientas de la era digital. En esta línea, la tecnología está asociada a los más jóvenes, pero su posesión, acceso y competencias no son uniformes ni homogéneos. Así, la distinción por edad es limitada ya que no contempla que la generación más joven a menudo comprende la tecnología en un nivel utilitario. Asimismo, la discusión sobre inmigrantes y nativos pasa por alto el hecho de que el uso de la tecnología

está condicionado por el contexto, no por la edad, y los grupos de pares influyen en la manera en que utilizamos la tecnología para la socialización. Hablar, entonces, de que todos los y las jóvenes son nativos digitales es negar que la brecha digital existe. “Si la web constituye un espacio clave para la producción social de sentidos, y aún más, para la construcción del espacio público, quienes no puedan acceder, tanto material como simbólicamente, serán los nuevos marginados (...), seguramente los atravesaba aún antes de la alta penetración de Internet en nuestra sociedad” (Poire, 2014).

Por esto, creemos necesario hablar de *inclusión digital* en un sentido amplio, reconociendo que las formas de limitación del acceso no son sólo materiales⁶. En el uso de las tecnologías se ponen en juego determinadas competencias, habilidades y saberes, que le otorgan a esta problemática una dimensión simbólica y cultural. De esta manera, a la hora de pensar la inclusión digital, las capacidades educativas y culturales en el uso adquieren una importancia fundamental, porque se encuentran asociadas a diferencias de origen económico, familiar, educativo, cultural, regional. (Castells, 2001).

Si bien no observamos variantes significativas con respecto a los modos de apropiación por parte de jóvenes con recorridos histórico-culturales disímiles y se ve un uso de las TIC en una misma clave generacional, hay diferentes accesos, sobre todo entre el Noreste Argentino, la región Cuyana y la Patagónica, con números más altos o más bajos que el porcentaje medio. Vemos, por ejemplo, que el promedio de jóvenes que utilizan internet desde sus casas es del 70%, pero este número varía según la región: en el NEA es de un 59,8% y en Patagonia un 77,4%. En relación al uso de internet desde el celular, en el NEA es un 13% menor al promedio y el NOA tiene un 6% más que la media. El Noreste Argentino y la región del Centro y Buenos Aires se mantuvieron muy cerca de todos los promedios nacionales.

También cabe destacar que en el marco de esta investigación existe un porcentaje de jóvenes que declararon no usar internet y un porcentaje todavía mayor que afirmó no tener computadora. Al ser consultados sobre el uso de internet, un 13,8% de los y las jóvenes encuestados respondi-

6. Cabe mencionar un hecho coyuntural sin precedentes en la educación argentina: la implementación del Programa Conectar Igualdad, una Política de Estado creada a partir del Decreto 459/10, que ha distribuido un total de 5 millones de netbooks hasta la fecha –no así al momento de la realización del trabajo de campo–, a cada alumno y docente de educación secundaria de escuela pública, educación especial y de institutos de formación docente. Paralelamente busca desarrollar contenidos digitales que se utilicen en propuestas didácticas y trabajará en los procesos de formación docente buscando transformar paradigmas, modelos y procesos de aprendizaje y enseñanza. Dicho Programa contempla el uso de las netbooks tanto en el ámbito escolar como también en la casa de modo tal que se logra un impacto en la vida diaria de todas las familias y de las más heterogéneas comunidades de la Argentina.

ron que directamente no utilizaban esta tecnología. Si sumamos el 1,9% de aquellos cuya respuesta entra en la categoría “No sabe/No contesta”, la cifra alcanza a casi el 16% de los encuestados. La mayoría de nuestros interrogantes se focalizan en aquellos jóvenes que sí utilizan las tecnologías, pero creemos que es importante indagar en ese grupo que ha quedado por fuera de varios de los análisis y las reflexiones producidas. Es este sentido, este artículo trabaja con los y las jóvenes que tenían la posibilidad de utilizar y apropiarse de internet, pero tiene en cuenta la limitación que esto supone.

Así, las principales actividades que producen los y las jóvenes, como conectarse con amigos/conocer gente, divertirse, pasar el tiempo libre en la web mirando videos desde *YouTube*, TV o escuchando música, buscando información para el colegio. O haciendo todo esto junto. Estas formas cambian las percepciones del tiempo y del espacio, la concentración y la atención es simultánea a más de una actividad, se producen aprendizajes en red, es decir, con otros, se establecen lazos sociales y maneras diversas de comunicación e interacción que conforman redes de intercambio y nuevas modalidades de organización.

A modo de síntesis, observamos que las TIC son espacios de encuentro y construcción de subjetividades para las y las jóvenes. Esto no niega la existencia de otras formas de estar siendo y habitar el mundo por fuera de ellas, sino que se convierten en un espacio más, quizás el más preponderante. En este sentido, tampoco han desaparecido los medios tradicionales y la relación de las juventudes con ellos. Los medios conviven entre sí como resultado del uso social de las tecnologías. Estos jóvenes los utilizan en función de sus recorridos, sus capitales —sobre todo, económicos y culturales— y por el lugar que ocupan en un contexto de profundas transformaciones socioculturales a nivel global.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, P. (1985) *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Ed. Akal.
- (1998). “La juventud no es más que una palabra”, en *Sociología y Cultura*. México: Grijalbo.
- BRUZZONE, D. (2008) “Construcción del cuerpo, sentidos en juego”. Ponencia presentada en las *Jornadas del Cuerpo y la Cultura*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.
- (2009). “Jóvenes y consumos de drogas en los medios de comunicación”. *XI Congreso RedCom-* Ponencia presentada y publicada. ISSN 1852-6349.

- (2010). "Cuerpo y comunicación: estigmas, emblemas y mass media". Ponencia presentada en el Congreso Comunicación Alternativa: medios, estado y política (COMEP), organizado por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.
- CABRERA PAZ, J (2001). "Náufragos y navegantes en territorios hipermediales: experiencias psicosociales y prácticas culturales en la apropiación del internet en jóvenes escolares", en Marcelo Bonilla y Gilles Cliche (eds). *Internet y Sociedad en América Latina y el Caribe*, Ecuador/IDRC: FLACSO
- CASTELLS, M. (2001) "La galaxia Internet". Barcelona: Plaza & Janés Editores S.A.
- CHAVES, M. (2009) "Investigaciones sobre juventudes en Argentina: Estado del Arte en Ciencias Sociales", en *Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín*. ISSN: 1851-2577. Año 2, nº 5, Buenos Aires.
- DA PORTA, E. (2011). "Algunos límites de los estudios de recepción para estudiar los procesos de mediatización de las subjetividades juveniles. Una propuesta para trabajar desde la apropiación". *Ponencia en II Encuentro sobre jóvenes medios e industrias culturales (JUMIC)*.
- DE CERTEAU, M. (1996), Capítulo 3. Valerse de: usos y prácticas. En de Certeau, *La invención de lo cotidiano. El oficio de la historia*. México: editorial Iberoamericana.
- DIAZ, H. y Uranga, W. (2011). "Comunicación para la salud en clave cultural y comunitaria". *Revista de Comunicación y Salud*. Vol.1, nº 1.
- DIAZ LARRAÑAGA, N. (2011), "Socialidad: los modos de apropiación del espacio público". En *Revista Question*, Vol. 1, Nº 29.
- FEIXA, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Ariel.
- GIMÉNEZ, G. (1997), Material para una teoría de las identidades sociales". *Revista Frontera Norte*. Vol. 9. Nº 18. Julio-diciembre.
- JENKINS, H (2008), *Convergence culture. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- KRIGER, M. (2010). Jóvenes de escarapelas tomar: escolaridad, comprensión histórica y formación política en la Argentina contemporánea. La Plata: UNLP.
- LEVY, P. (2007). *Cibercultura. La cultura de la sociedad digital*. Barcelona: Anthropos-UAM Iztapalapa.
- LE BRETON, D. (2007). *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- MARTÍN BARBERO, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. México: Editorial Gustavo Gili.
- (2005). Los oficios del comunicador. En *Revista Co-herencia. Revista de Humanidades Eafit*. ISSN 1 794-5887. Número 2. Vol. 2, Enero-junio 2005.
- MATA, M. C. (1995). "Interrogaciones sobre el consumo mediático". En *Revista Nueva Sociedad* Nº 140, Noviembre Diciembre.

- MORDUCHOWICZ, R. (2013), *Los adolescentes del siglo XXI: los consumos culturales en un mundo de pantallas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PICCINI, M. (1989). *La imagen del tejedor. Lenguajes y políticas de la comunicación*. México: Editorial Gustavo Gili y FELAFACS
- PISCITELLI, A. (2009). "Nativos Digitales. Dieta cognitiva, inteligencia colectiva y arquitecturas de la participación". Santillana. Buenos Aires.
- (2012) Prólogo de "Facebook es el mensaje: oralidad, escritura y después" de Guadalupe López y Clara Ciuffoli. 1a ed. - Buenos Aires: La Crujía.
- POIRÉ, M. J. (2010). "Inclusión digital y políticas públicas. Más allá del acceso material".
- PRENSKY, M. (2001). "Nativos digitales, inmigrantes digitales" en *The Horizon*. MCB University Press, Vol. 9 No. 5.
- REGUILLO, R. (2013). *Culturas Juveniles. Formas políticas del desencanto*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (2000). *Emergencia de la cultura juvenil. Estrategias del desencanto*. Ed. Norma. Bogotá.
- SAINTOUT, F. (2010) -Compiladora-. *Jóvenes argentinos: pensar lo político*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2011). "Jóvenes: nuevos modos de recrear la política. Juventudes en Argentina y América Latina." Curso virtual de nivel posgrado del Área de Ciencias Sociales de CAICYT CONICET, Dirección: Kriger, M. Extraído de: <http://cursos.caicyt.gov.ar/>.
- (2005). "Construcción de la juventud en el cruce de los siglos". Revista *Trampas de la comunicación*. FPyCS. UNLP.
- SCOLARI, C. (2008). *Hipermediaciones. Elementos para una teoría de la comunicación digital interactiva*. Barcelona: Gedisa.
- (2010). "Ecología de los medios. Mapa de un nicho teórico". En *Qua-derns del CAC*, vol. XIII.
- STUART, H y JEFFERSON, T(ed.) (2010). *Resistencia a través de rituales. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de la Posguerra*. La Plata: Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.
- VARELA, M. (2009). "Él miraba televisión, you tube. La dinámica del cambio en los medios", en Carlón, Mario y Carlos Scolari (eds.): *El fin de los medios masivos. El comienzo de un debate*. Buenos Aires: La Crujía, pp.209-228.
- WILLIAMS, R. (1992), Capítulo 4, *Tecnologías de la comunicación e instituciones sociales*. En Williams, R. *Historia de la comunicación*. Barcelona: Ed. Bosch, Vol. II.
- WINOCUR, R. (2007). "Apropiación de internet y la computadora en sectores populares urbanos", en *Otras voces*, versión 19. Uam-x, México pp. 191-216.

Jóvenes y Estado: apuntes para pensar una política del deseo desde el populismo latinoamericano. El caso del PROG.R.ES.AR.

LIC. JOSEFINA BOLIS

En el presente artículo esbozaré algunas intersecciones entre dos propuestas epistemológico-políticas: por un lado, el discurso psicoanalítico, particularmente el pensamiento de una Izquierda Lacaniana, tal como la ha postulado Jorge Aleman; y por el otro, la teoría del discurso posfundacional, a través del aporte de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Con ellas, analizaré los sentidos construidos por jóvenes que participan en el Programa de Respaldo a Estudiantes de Argentina (PROG.R.ES.AR.) de la ciudad de La Plata (Buenos Aires, Argentina) en torno a la política, lo público y el Estado. A partir de estas dos tradiciones, me interesa problematizar las resemantizaciones que los jóvenes realizan en vinculación al Estado, no entendido ya como mera representación o procedimiento —equivalencia hegemónica de nuestra pasada democracia neoliberal—, sino como un significant vacío (Laclau y Mouffe, 2011). En este sentido, el Estado como significant vacío es capaz de:

- a) metaforizar la totalidad de lo social —cuya clausura totalitaria es, desde la teoría posfundacional, imposible—, estableciendo una relación metonímica parte-todo, es decir, con la forma de la lógica hegemónica, como particularidad con efectos universalizantes;

- b) funcionar como mito de reparación o plenitud futura, convocando la inscripción de proyectos colectivos diversos;

- c) articular equivalencialmente demandas heterogéneas, esto es, enlazar diversas identidades políticas.

Paralelamente, estos tres ejes resultan fundamentales para pensar los sujetos políticos —en este caso, los jóvenes— a través de los dos mo-

mentos de su constitución: por un lado, la decisión entre alternativas en conflicto (Mouffe, 2007), lo que representa un acto contingente contrapuesto a aquellos realizados a partir de la sujeción-repetición (recordemos que, para Laclau, el sujeto es la distancia entre la estructura indecible y la decisión); y por otro, la demanda, enunciación que se inscribe de manera relacional, en tanto designa la positividad de lo social (la articulación con otras demandas-identidades) y, a la vez, siempre se inscribe contra alguien/algo, instituyendo un campo antagónico.

Para ahondar en esta relación entre el Estado contemporáneo y los jóvenes como sujetos políticos, me propongo anunciar tres tensiones ontológicas (o, mejor dicho, pre-ontológicas) de la teoría psicoanalítica. Estas aparecen como tres imposibles: 1) la tensión entre la política y lo político (Lefort, 1992), o la (im)posible construcción política a partir de lo que Badiou (1999) llama el acontecimiento; 2) lo simbólico como condición de (im)posibilidad de transformar a través de una praxis lo real (Aleman, 2009); 3) la (im)posible construcción de un universal que suspenda la contingencia de lo real.

Los jóvenes como política de Estado y el Estado como política de los jóvenes

La relación entre el Estado y los sujetos ha sido objeto de múltiples análisis para los científicos sociales y su exposición excede las pretensiones de este trabajo. Solamente diremos que la indagación sobre una política pública como PROG.R.ES.AR nos permite investigar una de las formas de interpelación del Estado a los sujetos, ya que nos conduce a rastrear, por un lado, aquellas subjetividades y prácticas políticas que los jóvenes configuran en vinculación con el Estado y, por otro, los proyectos futuros e imaginarios comunes que los marcan como generación. Es decir, nos da indicios sobre los dos momentos constitutivos de las identidades que hemos mencionado: la decisión y la demanda.

Es importante enfatizar en la bidireccionalidad de la relación jóvenes/Estado. Por ejemplo, algunas investigaciones contemporáneas han aseverado que los jóvenes reconocen en el Estado una causa pública (Vázquez, 2013), es decir, inscriben su participación política y acción colectiva en el Estado como escenario de las transformaciones. Dice Melina Vázquez: “esto permite matizar las lecturas sostenidas desde posiciones acusatorias que explican la centralidad de la juventud en la agenda pública y política como mero efecto de su construcción o legitimación ‘desde arriba’, mostrando que el Estado construye y es construido como causa pública”

(2013:17) por los jóvenes. Como explica Miriam Kriger (2013), el vínculo jóvenes/política requiere también ser pensado a través de su relación con la ciudadanía (con las subjetividades y prácticas que implica la política en relación con el Estado) y con el proyecto de nación (con los objetivos comunes y los imaginarios de comunidad).

El caso del PROG.R.ES.AR resulta paradigmático en tanto permite relevar cuál es la interpelación que se realiza desde la plataforma discursiva política-estatal a los jóvenes, pero también qué hacen los jóvenes con ese discurso (entendiendo siempre, con Laclau, el discurso como fuerza material y no como mero acto de habla-escritura). Algunas de las preguntas que emergen desde allí son: ¿representa el PROG.R.ES.AR una mayor certidumbre sobre el futuro biográfico y colectivo, en tanto delinea trayectorias a recorrer u horizontes deseables? ¿Cómo se están reconfigurando los marcos de interpretación y acción de los y las jóvenes a través de la participación en el programa? ¿Se han habilitado formas emergentes de decisión y agencia sobre las condiciones existentes desde el escenario de lo público o estatal? ¿Cuáles son las transformaciones contemporáneas de la ciudadanía —en tanto percepción de derechos e imaginario de membresía a una comunidad— de los jóvenes platenses? Una última pregunta, que sobredetermina las anteriores y constituye la principal preocupación epistemológica-política de una izquierda que podríamos llamar “nacional y popular”, es: ¿cómo se construye una voluntad política capaz de impulsar cambios radicales o —siguiendo la propuesta laclausiana— radicalizar la democracia?

El Programa de Respaldo a Estudiantes de la Argentina es una política pública que ha sido impulsada por el gobierno nacional conducido por la presidenta Cristina Fernández de Kirchner y ejecutado a través de la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES) para jóvenes de entre 18 y 24 años que no tienen empleo, trabajan informalmente o perciben junto con su grupo familiar un salario menor a tres salarios mínimos, vitales y móviles, y deseen empezar, continuar o finalizar sus estudios en cualquiera de sus niveles (primario, secundario, terciario o universitario). Fue implementado a principios de 2014, logrando para fines de ese año un total de 570.000 inscriptos. El 12 de marzo de 2015, además de anunciar un incremento en el valor del **apoyo** en un 50%, se cambiaron los requisitos para el acceso al derecho, aumentado el valor de ingresos del titular y su grupo familiar, y reconociendo como grupo familiar autónomo a los jóvenes con hijos y a aquellos que trabajen en casas particulares, por lo que en este período el programa alcanzó los 824.000 destinatarios. La presidenta presentó estas modificaciones como una universalización de la política, puesto que dejaba de estar focalizada para los sectores más vulnerables de la población. Por último, el 15 de septiembre de 2015, el

ejecutivo nacional envía al congreso el Proyecto de Promoción de las Juventudes que, entre otras cosas, establece por ley la movilidad semestral del programa PROG.R.ES.AR, crea una Defensoría del Joven y un organismo de promoción de las juventudes que articule y coordina las políticas destinadas a jóvenes, que al momento de presentar el proyecto eran más de 60 diseminadas en varios Ministerios nacionales⁷.

A continuación, revisaremos brevemente los tres imposibles que, como se ha distinguido previamente, fueron señalados por la propuesta epistemológica de una izquierda lacaniana, para conjeturar en torno a la dimensión ontológica de la relación jóvenes/Estado.

1. La política y lo político: ¿de dónde emerge lo nuevo?

“El que hable de futuro y le pegue a los jóvenes, el que hable de futuro y rechace a los jóvenes en la política, los estigmatice, como suelo escucharlo a diario, es un cínico y un mentiroso. Porque los jóvenes son el futuro en la República Argentina (...) Por eso, hoy, con PROGRESAR, un proyecto de vida, queremos aportar a seguir siendo una esperanza en el futuro de todos los argentinos”

Cristina Fernández de Kirchner, 23/01/2014

7. Cabe destacar dos cuestiones en torno al impacto del PROG.R.ES.AR. Por un lado, respecto a la reducción de la brecha de la desigualdad, una investigación realizada por economistas del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), titulada “El impacto distributivo del Progresar en Argentina; una primera aproximación en base a microsimulaciones” (Paniego, Gallo y Di Giovambattista, 2014) proyecta un impacto del Programa en una reducción de entre el 4,26% y el 16,01% de la desigualdad para el conjunto de la población, y de entre el 10,38% y el 31,19% en la inequidad distributiva entre los jóvenes. Por otro lado, es necesario señalar que esta investigación desmiente que los destinatarios del programa sean aquellos a los que el discurso mediático categoriza como “jóvenes *ni-ni*” en referencia al sector de la población que no estudia ni busca trabajo: el 31,4% de los potenciales titulares del derecho trabaja, lo que corresponde 1,5 millón de jóvenes, 29,3% estudia y el 10,1% estudia y trabaja. Aquellos que no estudian ni buscan trabajo son el 17,6%, mientras que el resto busca trabajo. Con estos datos, podemos inferir que el programa tendría un importante impacto en la reducción de la desigualdad, lo que mejoraría índices que ya eran favorables respecto a la media regional. Para tener un marco de referencia a nivel latinoamericano, en 2012 —cuando aún no estaba en vigencia el PROG.R.ES.AR—, el informe “Invertir para transformar. La juventud como protagonista de desarrollo” realizado por la CEPAL y la OIJ había destacado que el país destina un 3,3% del PBI en inversión social en juventud, el porcentaje más alto de América Latina junto con Uruguay.

El fragmento del discurso presidencial que encabeza este apartado resulta esclarecedor para pensar las tensiones entre el cambio y el orden; entre lo nuevo y lo sedimentado; entre la irrupción de lo Real —en términos lacanianos— y su estabilización en el terreno de lo simbólico, es decir, en el campo de lo socialmente inteligible. La distinción entre la política (lo instituido) y lo político (lo instituyente) de Lefort (1992) nos ayuda a pensar esta relación. Dice Jorge Aleman:

“si el hecho real político irrumpe con su fuerza sin sentido en el escenario de la política, la política solo sabrá acoger este evento político en un ‘saber hacer con’, si dispone de unas escrituras que se hayan engendrado como el relato de una transformación y no como un ejercicio de la ‘cultura oficial’. Pero estas escrituras ya no pueden aspirar a un relato unificado o coherente (...) ‘Izquierda lacanina’ implica en este caso, también, que el relato no pueda ser más que inconcluso, inacabado, hecho de entrada para su ramificación” (2009:24).

Comprendiendo la retórica presidencial desde una lógica de construcción hegemónica (Laclau y Mouffe, 2011), observamos que el sentido de la política pública se desplaza semánticamente de manera prospectiva. No es sólo su significado literal presente —es decir, el ejercicio de una “cultura oficial” en palabras de Aleman—, sino una enunciación metafórica del futuro, un “proyecto de vida” y una “esperanza” para la totalidad de los argentinos y, por lo tanto, el relato inconcluso de una transformación. Significantes como la “equidad” o la “inclusión” sobrevienen, entonces, como horizontes para pensar las trayectorias de ciudadanización de los jóvenes a través de su inclusión educativa con el PROG.R.ES.AR., pero también como trayectorias hacia la emancipación del conjunto de la sociedad, en tanto se trata del “futuro de todos los argentinos”, como dice la mandataria. Se completa así la sustitución retórica parte-todo (con la forma de desplazamiento de sentido de una sinécdoque): de ser una política para jóvenes se desplaza a un “sistema de seguridad social [que] reconoce al sujeto de derecho humano”, afirma más adelante Cristina Fernández de Kirchner; es decir, interpela a una totalidad —la sociedad o la humanidad—.

Si bien retomaremos este tema en el próximo apartado, es preciso destacar que tanto las metáforas como aquello que Laclau llama significantes vacíos, no pueden equipararse al sin-sentido o a la emergencia de lo Real. Por el contrario, las metáforas y los significantes vacíos están llenos de sentido; a diferencia de lo literal, las metáforas no tienen un sentido fijo y particular, por lo que pueden articular múltiples significados. Para el caso de la metáfora de futuro, implica que los sujetos pueden delinear proyectos diversos, sin embargo, el marco de posibilidad de estos proyectos

se representa por ese piso simbólico de certezas que propone la política pública. Diferente es lo que sucede con la incertidumbre, lo que ha sido reconocido como una marca epocal de las subjetividades juveniles producidas por el neoliberalismo (Saintout, 2006), caracterizada justamente por la desolación que, a decir de Scavino (1999), es estar sin suelo, sin lugar, sin patria, sin proyecto, sin futuro, lo que es equivalente al sin-sentido.

Con estas metáforas de futuro, como relatos inacabados y plausibles de múltiples ramificaciones, la política (esto es, lo que se configura como instituido en el marco del Estado) no sólo queda abierta a la transformación de lo político, sino que la política es la que conduce y potencia la emergencia de lo nuevo.

2. La participación política y la ciudadanía: dos vías para fortalecer los intercambios simbólicos

“(El PROG.R.ES.AR sirve para) salir a contar, salir a decir que vengas a formar parte, que hay un Estado presente y que son herramientas con las que nosotros contamos para militar, digamos, que es cierto, que no es chamullo, te estoy diciendo que esto está acá, que es así, que vengas, que te sumes y está buenísimo porque son las herramientas con las que uno milita en el territorio, en la calle, en la puerta de la Universidad, en cualquier lado, porque es para todos”

Simón, 22 años, militante y titular del derecho PROG.R.ES.AR

En una primera aproximación a mi campo de estudios, pude relevar que en los sentidos construidos por los jóvenes, el PROG.R.ES.AR deviene una herramienta que funciona en dos planos: en lo subjetivo, sirve para hacer frente a una “necesidad”, es una “tranquilidad” para poder avanzar, un “piso” de protección. En lo colectivo, es una herramienta para la militancia, que “está” para salir a sumar a otros jóvenes. Conocer y hacer conocer las políticas públicas es importante a nivel de la subjetividad para que no te “caguen”, es decir, para empoderarse como ciudadanos con derechos. A nivel de los imaginarios de comunidad, permite representar un universal y proyectar su ampliación, en tanto el programa es “para todos”. El Estado se hace presente a través del PROG.R.ES.AR como algo que se “tiene”, se “muestra”, se “cuenta”.

Estas transformaciones en los marcos de interpretación y acción de los titulares del derecho se erigen en su alteridad con la producción de subjetividades de la larga década neoliberal que, como decíamos anteriormente, se caracterizó por una profundización de la incertidumbre y la vul-

nerabilidad. La hegemonía del mercado como propuesta semantizadora de la totalidad social o, en otras palabras, el consumo como propuesta de organización e inteligibilidad del mundo, ha funcionado fundamentalmente a través de dos mecanismos: la exclusión y la violencia. En principio, el discurso capitalista está arraigado en un exacerbado imperativo del goce, que conlleva consecuentemente una frustración del deseo, coartado para amplias mayorías ante el limitado horizonte de la capacidad de consumo. Esta matriz funciona, a la vez, a partir de la multiplicación de las diferencias in/out, es decir, a través de construir fronteras de inclusión/exclusión, reforzadas por una pedagogía del temor al excluido. Como plantea Aleman, el sujeto neoliberal es un “individuo autista y consumidor indiferente a la dimensión constitutivamente política de la existencia” (2009:20).

Podemos conjeturar que la grilla de inteligibilidad de lo social se subvierte significativamente cuando es la política, y no el consumo, el ordenador social. Por ejemplo, metáforas universalizantes tan vastas como “la patria es el otro” nos indican que un proyecto colectivo puede pensarse desde la permanente inclusión y articulación de las otredades. La imposible clausura del sujeto, que lo lanza al mundo en búsqueda de significantes que lo completen, tal como lo entiende la teoría lacaniana, es posible de ser tramitada a través de una sujeción a proyectos colectivos en un lazo amoroso, y ya no desde la acumulación de bienes materiales y simbólicos. Esto implica pensar que los mecanismos para el empoderamiento —y la misma satisfacción del deseo— no serán más la exclusión y la violencia, sino la articulación y el amor.

Si la miseria no es otra cosa que “el estar a solas con el goce de la pulsión de muerte en el eclipse absoluto de lo simbólico” (Aleman, 2009:23), claramente, la salida a ella está en la invención de los recorridos simbólicos que re-direccionen el plus de gozar. El PROG.R.ES.AR aparece así como un “techo simbólico” (Aleman, 2009:40), que evita un estado de excepción (Agamben, 2002) donde el sujeto desconoce si está dentro o fuera de la ley. Que el sujeto-consumidor (que claramente puede ser un “sujeto fallido”) de la larga década neoliberal en la Argentina, se reemplace por un universalizante sujeto-ciudadano, implica un fortalecimiento de una estructura simbólica de contención.

Claro está que los antagonismos, como exclusión necesaria y constitutiva de lo social (Laclau y Mouffe, op.cit.) no desaparece; pero esa confrontación y violencia ordenadora puede ser re-direccionada para no ser excluyente de las mayorías. En el discurso de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, por ejemplo, este antagonismo se erige como las reminiscencias del pasado. Cuando nombra a los destinatarios del PROG.R.ES.AR, dice: “estos chicos son los hijos del neoliberalismo, estos

hijos son los chicos que sus padres no tenían trabajo o que lo perdieron, que no fueron educados en la cultura del trabajo y el esfuerzo y que necesitan de la presencia del Estado precisamente para salir adelante”. De este modo, el neoliberalismo y el populismo latinoamericano constituyen dos propuestas semantizadoras confrontados en nuestro imaginario socio-histórico contemporáneo. Estas totalidades imposibles de suturar están amenazadas y penetradas constantemente por su reverso.

3. El Estado: un universal en permanente reconstrucción

“el Estado solo no puede, ningún gobierno puede solo; una presidenta, un ministro, (...) tenemos que ir al territorio a trabajar, junto a los que más lo necesitan, junto a los que más demandan la presencia de sus semejantes, que no son solamente el Estado, es su semejante, su prójimo. El Estado les está dando el instrumento, los elementos, las herramientas para poder ayudar e ir a buscar a esos jóvenes, para arrebatárselos a otros, que los han tomado tal vez porque bueno porque fueron demasiadas décadas de ausencia” Cristina Fernández de Kirchner, 23/01/2014.

Con el nuevo siglo emergieron en América Latina gobiernos populares que, más allá de sus diferencias, coincidieron en impulsar una restitución de lo público y un fortalecimiento del Estado, comprendiendo a éste último como escenario de las transformaciones sociales. Es decir, el Estado comienza a disputar con el mercado su lugar de plataforma discursiva tendiente a la construcción de hegemonía; en términos laclausianos, amplía su potencialidad significante y articuladora de las demandas de los sujetos políticos. El Estado, vaciando su significado particular, se amplía para representar la plenitud –siempre fallida– de lo social. Afirma Eduardo Rinesi, “el Estado se nos aparece hoy, (...) no ya –como lo pensamos durante mucho tiempo– como un enemigo de las luchas políticas por la emancipación, sino como un momento fundamental en esas luchas” (2013:37). El Estado es –para Rinesi– precondition de la existencia, profundización y ampliación de los derechos que consideramos fundamentales para el ejercicio de una ciudadanía. Podríamos hoy señalar también que el Estado es el que hace posible y potencia nuestra participación política, en tanto desde el discurso político-estatal, se interpela explícitamente la movilización, a la apropiación del espacio público y a la toma de decisiones.

Desde la plataforma estatal y desde una praxis de izquierda lacaniana, podemos imaginar la construcción de una voluntad política que anude tres elementos: “el Estado –obviamente en los casos en que la izquierda pudo acceder a él–, los movimientos sociales y la construcción política” (Aleman, op.cit.:27). Según Jorge Aleman, como este anudamiento no es una síntesis sino que se genera alrededor de un vacío irreductible, los ámbitos tienden a dispersarse si no existe un cuarto nudo que indague en: a) la división inaugural del sujeto, lo que se ofrece como una apertura hacia lo colectivo; b) el antagonismo constitutivo, esto es, la brecha que instituye la sociedad; c) la intervención de la mirada y la voz, que por ser previos a la castración funcionan como objetos fantasmáticos.

El objetivo de estos apuntes es pensar una política del deseo desde los proyectos colectivos de transformación de los populismos latinoamericanos, la cual será decididamente antagonica al individualismo neoliberal; es planificar una política del deseo que se estructure desde el amor y el encuentro corporal con el otro en el espacio público-político; es imaginar una política del deseo que pueda cohesionar este anudamiento acogiendo sus tensiones socio-históricas.

Ante la pregunta –de raíces freudianas– de qué hacer con el malestar que aqueja a nuestra sociedad, podemos diseñar una respuesta que tenga al Estado como protagonista. Este universal se presenta con sus fallas, con lo incommunicable, agujereado y en situación; y sin embargo, está allí en su ausente presencia, para que sepamos qué hacer con el malestar.

La juventud: un universal para la equidad

Los estudios pioneros de juventud en la Argentina distinguieron que entre dos clases sociales existen más diferencias de “juventud” que las diferencias entre los jóvenes y adultos de una misma clase (Margulis y Urresti, 2008). Para considerar el carácter situacional del concepto (Pérez Islas, 2000) y las diversas formas de vivir y percibir lo joven (Reguillo, 2000), el discurso académico consensuó la productividad de designar a los jóvenes en plural. No obstante, la categoría “juventudes” encierra un nuevo riesgo, en tanto también es posible ocultar enormes desigualdades en el plural. Cierta tradición culturalista de las ciencias sociales se ha cimentado en la región a través de una matriz neoliberal de pensamiento que describe las heterogeneidades, a costas de invisibilizar el conflicto que erige dichas diferencias. La lógica del mercado, hegemónica en dicho período, supo redituarse de dicha dispersión de las identidades sociales. Es así que, a fin

de cuentas, el relativismo, como operación intelectual y política, ha diluido la pregunta por el poder y por la construcción de hegemonía.

A la luz de las transformaciones sociopolíticas contemporáneas y de las luchas discursivas aún pendientes, sobreviene a los estudios de juventud un desafío en sentido inverso al enarbolado a principios de la década del '90 para luchar contra la homogeneización biológica. Esta vez, la pregunta en singular por la "juventud" puede ser el parámetro que evidencie las desigualdades —y el conflicto de fuerzas de poder/sentido que las produce— dentro de una lógica de derechos. Pero además, el universal "juventud" puede servir de significativo articulador de los diferentes jóvenes en una totalidad social, vigorizando su inscripción pública como sujetos políticos.

Ya lo dijo en el cruce de los siglos Dina Krauskopf:

"el enfoque de derechos abandona el énfasis estigmatizante y reduccionista de la juventud como problema. La integración del paradigma que la señala como actor estratégico, con el paradigma de la juventud ciudadana permite reconocer su valor como sector flexible y abierto a los cambios, expresión clave de la sociedad y la cultura global, con capacidades y derechos para intervenir protagonicamente en su presente, construir democrática y participativamente su calidad de vida y aportar al desarrollo colectivo" (2000:6).

De este modo, comprender a la juventud desde la ciudadanía implica indagar en su relación como sujetos políticos con lo público y el Estado, tanto en el terreno de las subjetividades como en el de las prácticas.

Debemos interrogarnos de qué modo los horizontes de las transformaciones contemporáneas en torno a la ciudadanía posibilitan la articulación de la propia identidad con la totalidad social, como sujetos de derechos universales y como miembros plenos de una comunidad. A la vez, es preciso estudiar cómo se reconfiguran los marcos de interpretación y acción de los y las jóvenes, habilitando la decisión y la agencia sobre las condiciones existentes desde el escenario de lo público o estatal. El caso del PROG.R.ES.AR puede representar para los jóvenes un proyecto colectivo, una identidad enlazada con los otros y una mayor certidumbre sobre el futuro. En fin, supera su objetivo literal de delinear trayectorias educativas a recorrer para los jóvenes, para permitir imaginar —a través de su apertura metafórica y mítica— plataformas de equidad y emancipación para el conjunto de la sociedad.

Los gobiernos populistas de América Latina de la última década son ejemplos de cómo estos tres (im)posibles que introdujo la teoría lacaniana pueden ser inscriptos en la institucionalidad política, entendiendo que tanto la sociedad como el sujeto son totalidades abiertas y en constante transformación. De esta forma, los universales Estado y juventud —y su

permanente tensión— no sólo confluyen y conviven con el cambio social, sino que funcionan como sus guías; en otras palabras, son los pisos simbólicos sobre los cuales se proyecta y configura lo nuevo. Parafraseando a Ernesto Laclau (2003), si existiese un sujeto emancipado, no habría opresor, pero tampoco luchas; por lo que la emancipación siempre será un proceso. En esta línea, podemos pensar a nuestras democracias contemporáneas como continuos procesos de democratización (Rinesi, 2013) y dar por concluida la tarea de encontrar síntesis pretendidamente armónicas, en tanto una sociedad abierta al cambio social —que a la vez lo promueva— tiene al conflicto y a lo político como protagonistas.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, G. (2002). *Homo Sacer II. Estado de Excepción*. Madrid: Editora Nacional.
- ALEMAN, J. (2009). *Para una izquierda lacaniana*. Buenos Aires: Grama.
- BADIOU, A. (1999). *El Ser y el Acontecimiento*. Madrid: Manantial.
- KRAUSKOPF, D. (2000). Dimensiones críticas en la participación social e las juventudes. En: BALARDINI, S. (coord.) *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Buenos Aires: CLACSO-ASDI.
- KRIGER, M. (2013). Editorial. *Revista Argentina de Juventud*, N° 7. La Plata: FPyCS-UNLP.
- LACLAU, E. (2009). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- LACLAU, E. y MOUFFE, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- LACLAU, E., BUTLER, J., ZIZEK, S. (2003). *Contingencia, Hegemonía, Universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: FCE.
- LEFORT, C. (1992). *El arte de escribir y lo político*. Barcelona: Herder.
- MARGULIS, M. y URRESTI, M. (2008) *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos Sociedad.
- MOUFFE, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE.
- PÉREZ ISLAS, J. (coord.) (2000) *Visiones y versiones. Jóvenes, instituciones y políticas de juventud*. En: en Martín-Barbero, J. et al. *Umbrales. Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*. Medellín: Corporación Región.
- REGUILLO, R. (2000). *Emergencia de Culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma: Buenos Aires.
- RINESI, E. (2013). *De la democracia a la democratización: notas para una agenda de discusión filosófico-política sobre los cambios en la Argentina actual. A tres décadas de 1983*. *Revista Debates y Combates*, N° 5, Año 3. Buenos Aires: Fundación Casa del Pueblo.

SAINTOUT, F. (2006). Jóvenes: el futuro llegó hace rato. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.

SCAVINO, D. (1999). La era de la desolación. Ética y moral en la Argentina de fin de siglo. Buenos Aires: Manantial.

VAZQUEZ, M. (2013). En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento. Revista Argentina de Juventud, N° 7. La Plata: FPyCS-UNLP.

Jóvenes consumidores de paco *Cuerpo, ciudadanía y poder*

LIC. DAIANA BRUZZONE

Este artículo se basa en los resultados de la tesis doctoral “Todos duros. Los hijos del neoliberalismo. Afectos y corporalidades en el consumo de pasta base de cocaína de jóvenes de sectores populares”, presentada en el Doctorado en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social-UNLP. Allí se indaga en la experiencia del cuerpo en la cultura contemporánea en contextos de exclusión desde una dimensión simbólico afectiva, a partir del caso de los jóvenes de sectores populares consumidores de pasta base de cocaína.

Es éste un contexto donde, sobre todo en América Latina, asistimos a unos procesos que tienen como centro la disputa por el Estado, la ampliación de ciudadanías y de derechos entre los que se destaca el derecho a la comunicación; son, además, unos derechos que se hacen carne. Estas luchas en buena parte hoy tienen lugar gracias a muchos de los aportes realizados desde este campo de conocimiento en la medida en que ellos permiten entender que la comunicación es más una cuestión de sentidos sociales que de aparatos, de actores más que de medios y que lo que allí se pone en tensión no es ni más ni menos que los modos en que administramos la vida en común.

La experiencia subjetiva del cuerpo lleva inscriptas determinadas relaciones de poder, que son incorporadas por los sujetos a partir de un determinado orden social en una relación de internalización-externalización de las pautas culturales. Así, la tarea de dar cuenta de cuáles son los modos en que las culturas son incorporadas por los sujetos requiere de conocer cómo es que ellos establecen unas configuraciones o composiciones sociales donde se entretajan deseos, afectividades, intereses, relaciones de fuerza, de poder, tensiones y conflictos. Con ello, este estudio atiende a

una reflexión acerca de cómo es que los sujetos pueden (re) inventarse en la experiencia del cuerpo y así mutar los modos de estar juntos con los otros, en y con el mundo. Abordaremos en este trabajo las subjetividades corporales que se modelan en las prácticas de consumo de pasta base de cocaína (paco), tomando como eje del análisis una perspectiva simbólico-afectiva desde la que se proponen modos de estar juntos o bien, maneras de alterar un orden social.

Cuerpos duros, poderes obstruidos

Si pensamos en la superficie solo como aquello que es evidente podemos ver en los jóvenes consumidores de paco a unos cuerpos duros. Duros en sus gestos, en sus posiciones tiesas, en los músculos, en los huesos, en la mandíbula trabada, en la mirada encendida como linterna pero que no mira a ninguna parte. Son unos cuerpos que, bajo los efectos de la droga no pueden moverse, ni comer, ni hablar. También la piel se endurece, se encalla cada vez que se queman los labios, las manos, hasta cabellos y pestañas al encender las pipas con paco. Y es también una piel marcada por las experiencias que narran las sinuosidades de una vida hecha a la intemperie. Sobre sus cuerpos también se observan a simple vista los rasgos de la intensidad del consumo de paco: la cuestión del peso y el aspecto esquelético, así como la suciedad de los días que pasan fumando sin bañarse ni cambiar de ropa. Cuanto más notorios son estos indicios, más consumidos se encuentran por la adicción. Sin embargo, mirar esta superficie corporal es mirar la profundidad entendiendo que es a través de ella que podemos comprender qué es eso de lo que nos hablan estos cuerpos duros, de qué condiciones sociales están hechos, qué tensiones y conflictos se juegan allí, qué afectividades están narrando y cómo es que estos cuerpos duros son más que eso: son la expresión de las características de la razón neoliberal.

Con ello, y como plantea Paul Valery: “lo más profundo es la piel” este trabajo se anima a repensar esta práctica de consumo de paco en jóvenes de los sectores populares, considerando que todo aquello que llega a la superficie lo hace porque goza de la suficiente profundidad como para expresarse, dar cuenta de unos sentidos sociales y trascender el ámbito de lo individual. Así, ver esta dureza en la superficie de los cuerpos de los consumidores de paco nos lleva a preguntarnos cómo es que esta característica es más una afectividad construida como modo de percepción y relación con el mundo. De este modo, corriéndonos de los dualismos individuo-sociedad, mente-cuerpo, razón-emoción, superficie-profundidad

vemos que esta dureza es posible de ser entendida como una retórica de la experiencia del neoliberalismo en estos jóvenes consumidores de paco.

Estos cuerpos desalineados, tumberos, sucios, olorosos; delgados, débiles, enfermos y/o delincuentes llevan sobre sí los estigmas del hedor, del horror, de las violencias, de la barbarie, de la piedra. Y con ellos se presentan una serie de emociones o sentires que sirven como puerta abierta a la subjetividad de los entrevistados y a los modos en que ella se configura en relación a todo un sistema social. La idea de dureza es habitualmente asociada a algo fuerte, irrompible o inquebrantable, ya sea en términos físicos como en características de comportamiento: se dice que alguien es duro cuando es difícil hacerle cambiar de opinión o considerar más opciones, pero también se dice duro a quién es capaz de soportar o resistir los embates de la vida; o cuando alguien se vincula con rudeza respecto de los demás.

A su vez, la dureza como característica de los sujetos y de las relaciones entre ellos también adquiere una doble valoración. De un lado, se constituye en un reconocimiento de la hombría de la modernidad, en una de las representaciones de las masculinidades liberal, mediante esa figura de un hombre duro, inquebrantable ante las dificultades, que nada lo afecta, imposibilitado de reconocer y expresar sus emociones; un hombre que es también el de la fuerza de trabajo y el del conocimiento racional. Pero la otra valoración de la dureza tiene que ver con el sufrimiento, la inflexibilidad y la crueldad. En este punto, son las actitudes asociadas a una fuerza que es incontrolable y se dirige a los otros obligándolos a actuar o prohibiéndoles algo. Una de las metáforas con las que socialmente se asocia esta acepción de la dureza tiene que ver con la llamada “mano dura”, como única posibilidad de regular el orden social. Así, también la crueldad se presenta como otra de las caras de la dureza, que adquiere una valoración negativa asociada a quien es capaz de infringir daño o maltrato en los otros con total habitualidad y naturalidad.

En el caso de los jóvenes consumidores de paco, especialmente en los jóvenes entrevistados, estar duro es más que un efecto fisiológico. Vemos así como sus días y sus vínculos se encuentran atravesados por la dureza: el paco otorga una dureza capaz de hacer frente a las precariedades, carencias, dolores, malestares, de aislarlos, acentuando la individuación, dejándolos solos, volviéndolos como de piedra. Allí, en ese consumo nada parece afectarles. Pero a la misma vez, esta dureza entendida como situaciones difíciles a la que los jóvenes se ven expuestos, aparece en términos de una emocionalidad que permite la existencia social vinculada a los mandatos hegemónicos como la de una masculinidad patriarcal, incapaz de “ablandarse” o sensibilizarse. Si la dureza es lo fuerte, entonces

su opuesto es la debilidad que se asocia a la expresión de las emociones. Así, ablandarse, rescatarse o abandonar el consumo de paco es a la vez un modo de re(x)istir, como otro modo de volver a desaparecer por fuera de la visibilidad que otorga esta práctica e inmersos en la conciencia de la precariedad y de las distancias sociales, nuevamente. Porque, además, los rescates son siempre por amor: filial, de pareja, hacia un hijo, religioso; es decir, todo eso que está duro o congelado en el consumo de paco.

Pero la dureza del paco entendida como una autoafirmación donde se juegan el orgullo y la violencia a partir del resentimiento, de la indiferencia, de la humillación y el rechazo o desagrado de los que estos jóvenes son objeto cotidianamente, establece un modo de relación con el entorno social que puede caracterizarse como duro; de hecho, para estos jóvenes se demanda “mano dura”, vinculada a las políticas delictivas, bajando, por ejemplo, la edad de la imputabilidad juvenil. Así, la dureza parece en principio, proteger del dolor, de la bronca, de la vergüenza, del estigma; en tanto aísla a los jóvenes del rechazo y la muerte social, mientras que, a la misma vez, los ubica ante situaciones difíciles de resolver que son generadas por la transgresión: como la adicción, los enfrentamientos con policías, transas y otros paqueros, la cárcel.

La dureza, que es a la misma vez una cualidad física y una afectividad o modo de relación con los otros, comprende y explica la complejidad de lo que sucede en las subjetividades juveniles marginales, al dar cuenta de una dimensión simbólica-afectiva que se inscribe en la experiencia de los consumos de droga, marcas de época, industria cultural y política. La dureza en tanto afectividad, propone otras articulaciones entre racionalidad y relaciones de poder, que nos permiten poner en cuestión las miradas extremas (tanto las románticas como las condenatorias) respecto de las prácticas como las del consumo de pasta base, que encuentran allí ambivalencias que se juegan entre disensos y resistencias, entre sobrevivencias y caminos sin salida.

Los cuerpos duros (Alabarces y Garriga Zucal, 2007, s/p), esos que encarnan las prácticas de los sectores populares y especialmente las de los varones, suelen ser abordados desde las nociones del “aguante”. El aguante, como explican los autores, es más que una estética corporal; implica siempre una ética o modo de valorar el mundo y una retórica que ordena la experiencia. En términos de poder, la noción del aguante remite a la resistencia, a “banear” cualquier situación de tensión o dificultad, a “poner el cuerpo” y enfrentarla aun sabiéndose en desventaja. Sin embargo, los cuerpos duros del paco no pueden ser pensados desde esta valoración de la resistencia en que se presentan los cuerpos del aguante, que son también los de las hinchadas de fútbol. Mientras los duros del

aguante son unos cuerpos grandes, gordos, grosos y que resisten tanto al uso y abuso de drogas, de alcohol, al trabajo pesado y sus enfrentamientos los fortalecen o endurecen más allá del resultado del combate (en esa valoración de la fuerza masculina de la dureza), los duros del paco no aguantan ni resisten. Son éstos unos **cuerpos que** frágiles y delgados ponen **el cuerpo** más a la reproducción de un capitalismo que los niega, los oprime y los consume hasta desaparecerlos que a la transformación de sus condiciones de existencia.

Tal como dicen los jóvenes entrevistados en este trabajo de investigación, ante la pregunta acerca de cómo funciona el aguante en el consumo de paco, vemos cómo es que los jóvenes advierten si dudar que para ellos no hay tal aguante ni resistencia:

Federico: el corte de la droga es que no se lo consume a él, él consume la droga: es más pillo con la droga fuma, y anda re piola, re bien vestido, se le terminó se va a dormir... en cambio vos fumas, no tenés más quedas rogado, si no tenés que andar vendiendo las zapatillas y vos decís: la concha de su madre, yo anoche vendí toda mi ropa y mira vos seguís con tu misma ropa y [él] te dice: si yo me la fumo no me consume...

Valeria: es como dijo [Federico] recién, vos fumas la droga, no es que la droga te fuma a vos.

De esta forma, la dureza es la principal característica de la subjetividad corporal de los consumidores de paco en términos físicos y/o biológicos y como un modo de estar (y de relacionarse con) en el mundo y da cuenta de una afectividad que desde y en el consumo pone el cuerpo tieso, desechable; usa el tiempo no productivo pero absolutamente funcional al tiempo efímero del consumo capitalista; implica el poder de la visibilización o autoafirmación social, no posibilita un movimiento o acción capaz de transformar las condiciones de existencia (simbólicas y materiales) de los consumidores de pasta base de cocaína. Incluso, la misma práctica del consumo de pasta base de cocaína parece reproducir ciertas lógicas de los poderes hegemónicos.

Así, en el consumo de paco operan de manera hegemónica las reglas mercantiles contemporáneas a partir de las que se endurecen los cuerpos, las emociones, las relaciones a la vez que se necesita más, siempre más de esa droga que sacia la ansiedad, detiene el tiempo, congela el dolor. Duros, los cuerpos del paco quedan inmóviles, a diferencia de los cuerpos duros del aguante que están en permanente movimiento. Y esta dureza, que oculta el malestar y la tristeza, es capaz de poner la profundidad en la superficie en tanto muestra cómo es que, en nuestra sociedad, el mandato

y la promesa de la felicidad, de un lado, y la condena del dolor y la tristeza, del otro, pueden ser entendidos como un “optimismo cruel” que opera paralizando a los sujetos en condiciones de vida que no aportan a su felicidad (Berlant, 2011, p. 20). Esta crueldad optimista, que también podemos llamar dureza, está ligada a la acentuación de la individuación, del “hazlo tú mismo”, o de lo que Han (2014, p.23) denomina “no poder poder”, que tiene que ver con el modo en que la absolutización del poder (y de resolución de la propia existencia) aísla a los sujetos —a los consumidores de paco en este caso— a la vez que borra o aniquila al otro convirtiéndolo en un objeto posible de ser consumido. De esta manera, los cuerpos duros nos hablan de un poder y de un aguante o resistencia que laten en la dureza, pero que está quieto, obstaculizado en la misma práctica de consumo.

Encontramos así una erosión de la capacidad de agencia de los jóvenes consumidores, cuando en unas interacciones permanentemente antagónicas y desiguales —en tanto tienen posiciones y capitales asimétricos respecto del mercado, de la policía, de los transas, de los adultos e incluso, del Estado— con respecto al orden social hegemónico ellos se narran desde unos cuerpos duros y de la muerte sobre los que se gestiona el miedo y la construcción de unos chivos expiatorios sobre los que se objetivan las durezas (las violencias, los resentimientos, las indiferencias, los desagradados). Y, en la medida en que más se afirman las corporalidades juveniles de los consumidores de paco oponiéndose a los cuerpos ideales de las industrias culturales y del mercado, éstos generan más y nuevos mecanismos de expulsión, más relatos del estigma y la exotización. Es una relación perversa en la que los jóvenes adquieren visibilidad: desde allí pueden contar al mundo que existen y qué asuntos les afectan, pero el descrédito que les imprimen las imágenes mediáticas les roba su capacidad de agencia siempre que se plantean en términos de víctima/victimario.

A la misma vez, la ciudadanía es otro de los aspectos que se pone en juego en estas subjetividades de la dureza, toda vez que las políticas públicas, sobre todo aquellas vinculadas a la seguridad y a la salud, operan basadas en miedos institucionalizados que promueven más la exclusión que la inclusión. Y los miedos se hacen cuerpo: paralizan las libertades, los derechos, las miradas críticas, las políticas sociales. De esta forma, los jóvenes quedan como responsables naturales de sus consumos de drogas, de la enfermedad, de la delincuencia, de la situación de incomprensión o desigualdad en la que se encuentran y no pueden cambiar; justificando sus consumos en las “malas juntas”, la falta de trabajo, el abandono familiar, el desinterés y la apatía. Además, cabe destacar que todo ello tiene lugar en el marco de unas sociedades donde el consumo

no sólo define el ejercicio de la ciudadanía (aunque, claro, ésta sea imposible de reducir a él) sino que establece, ordena, regula las relaciones con el mundo. Es por eso que atender especialmente a la dimensión simbólica-afectiva en las configuraciones subjetivas de la corporalidad de los consumidores de paco se convierte en una herramienta útil, desde la que es posible comprender cómo es que éstas expresan unas marcas de época, unas relaciones de poder, unos posicionamientos en y ante el mundo.

En este contexto podemos pensar, entonces, que tal vez todos estamos duros, como los jóvenes paqueros. Que esta práctica de consumo visibiliza nuestros modos de estar juntos, es decir, trae la profundidad de nuestras afectividades a la superficie de la piel y con ello nuestras miserias (no sólo la de los adictos), nuestras indiferencias, nuestras faltas de responsabilidad ciudadana cuando no de humanidad. Que los relatos y estéticas de la violencia que representan a estos jóvenes hablan tanto más de quienes consumimos tales narrativas. Que debemos preguntarnos qué tanto acompañamos o dejamos solos a los jóvenes, qué medios y miedos tenemos en estos vínculos intergeneracionales. Que debemos, sobre todo, poner el cuerpo a la producción de unos conocimientos capaces de intervenir ante unas prácticas de consumo como la de pasta base, que no sólo inmovilizan, obturan, dañan a los jóvenes consumidores, sino a todos en tanto cuerpo social.

La dureza como afectividad

Ningún afecto o emoción puede ser comprendida en su significación si no es en el marco de los contextos políticos y económicos que los configuran tanto ética y moralmente, como en su expresión mediante experiencias prácticas y discursivas. En todas las sociedades existen unos afectos o sentimientos que se ponderan por sobre otros que constituyen un disvalor. María Epele (2010, p. 225) explica que tanto en los placeres como en los sufrimientos se ponen en juego los mecanismos de dominación, de control, así como los problemas de la esclavitud, la soberanía y la libertad en un contexto relacional con el cuerpo, con los otros, con sí mismo y con el poder.

En las sociedades neoliberales la felicidad se presenta como un dogma a seguir, incluso a costa de los dolores que implique su adquisición. Y decimos su adquisición, porque en el mundo del capital todo es posible de ser convertido en mercancía, hasta los sentires y lo que es debido sentir y pensar en cada situación. Paradójicamente, el modelo neoliberal que da muerte a los Estados de Bienestar, instaurando en su lugar una serie de malestares que ordenan la vida cotidiana (malestares que se ligán siem-

pre a las faltas o carencias materiales y simbólicas), impone como valores las emociones ligadas a un “pasarla bien” que se objetiva en los diferentes consumos, así como en una individuación que mientras destruye los lazos colectivos aísla a los sujetos dejándolos en una profunda soledad de la que se asumen como responsables absolutos. Si aquí felicidad es tener, es consumir, vemos cómo un conjunto de políticas de mercado han ido haciéndose carne en los sujetos al punto de confirmar su existencia en las prácticas de consumo, en tanto la incapacidad de consumir los coloca en la posición de una muerte social.

Esta felicidad del capital es una felicidad para unos pocos, ya que siempre es tramitada como una meta que alcanzan los privilegiados, presentándose así como un símbolo de exclusividad y de distinción, y los medios de comunicación hegemónicos —así como las industrias culturales— operan fuertemente en la organización de los sentires del capital. Es mediante ellos que se modelan unas estructuras del sentir, donde el dolor, la violencia, la muerte **se** horrorizan al punto de ser negados, invisibilizados o estigmatizados en función de ordenar la vida afectiva alrededor de unos relatos que interpelan a la sensibilidad desde una moral fundada en el valor de los intercambios y de la pulcritud civilizada de las relaciones y corporalidades. Estas llamadas sociedades de la información y del entretenimiento, sobre las que se estructuran las subjetividades en el capitalismo, abogan permanentemente por la necesidad de transparencia, orden y claridad como fuentes de visibilidad y reconocimiento.

Este entretenimiento, que se presenta como sinónimo de disfrute y de felicidad, es en realidad un mecanismo de adormecimiento, de control y opresión, si entendemos que en tanto mercancía, el entretenimiento se vende y a cambio es posible liberarnos de la experiencia de la carencia, de lo que falta y suplirla con pequeñas cuotas de placer, que vienen en distintas formas y para todos los gustos. Desde el consumo de películas mainstream, pasando por shoppings y turismo aventura, hasta los consumos de drogas, todos tienen algo en común y es que desconectan a los sujetos de la experiencia en la propuesta de “pasar el tiempo”, algo que, los jóvenes entrevistados designan con palabras algo más crudas y apropiadas: “matar el tiempo”. Y mientras se pasa o se mata el tiempo, ocurre también un borramiento del cuerpo, un adormecimiento de la carne del mundo, desde donde se obstaculiza la conciencia de sí y el encuentro con los otros. Vale recordar que la anulación o borramiento del cuerpo es otra de las premisas de la razón neoliberal: el cuerpo es allí el objeto o socio del hombre (trabajo, placer, consumo). Operando, como vimos, a partir de la gestión del miedo y con gran asiento en los medios hegemónicos, estas sociedades neoliberales justamente se encargan de ir hasta lo más

profundo de la humanidad, que parecen ser los afectos, las sensibilidades, la capacidad de sentir-nos y rompen allí, fragmentan, las fuerzas internas que son fundantes de los vínculos con los otros, de la construcción de colectivos capaces de transformar las condiciones de existencia.

El miedo se objetiva en un miedo a la muerte (social y material), en el miedo a no pertenecer, a no tener/ser; en el miedo a no poder cumplir con las expectativas y mandatos del orden hegemónico. Y contra lo diferente, lo que no es transparente, lo que no es pulcro y por su contrario es oscuro, oloroso, sucio, se erigen unos modos de vínculos (o desvinculaciones, fragmentaciones) caracterizados por la desconfianza, el desinterés o la indiferencia, el rechazo y la vergüenza. Así, el miedo acababa con la pasión, con el amor en su sentido afectivo que excede su valor romántico, con la justicia, con la igualdad, con la posibilidad de emancipación. Interviniendo en las creencias (cada vez que lo que se cree, se crea) que modelan nuestros sentidos prácticos, los cánones del neoliberalismo exceden sus artimañas económicas y se hacen esta “carne de mundo” a lo largo y ancho de nuestras sociedades. Desde allí, los procesos civilizatorios de las sociedades occidentales, imperialistas, colonizadoras, nunca se han conformado con el arrebató de los bienes materiales, sino que su éxito o triunfo radican en los modos en que entretejen y hacen mella en nuestras sensibilidades y afectividades. Y el cuerpo, en este contexto, ha sido y es el gran campo de batalla, de allí la importancia de indagar sobre la corporalidad entendiendo que en ella se articulan las historias particulares y las sociales.

En una reciente conferencia en Ciespal, Jesús Martín Barbero (2015) señala que la sensibilidad —o las afectividades— en manos del mercado implica algo catastrófico, ya que la cuestión del sentido no se refiere sólo al significado de la vida, sino al tejido sensible del que está hecho la vida (sic). Así, Néstor García Canclini (2004, p. 143) sostiene que “lo silenciado o lo diferente, que se manifiesta por vías oblicuas, desconcertantes, no importa tanto como recurso mágico para modificar el orden imperante sino como voz excluida que puede revelar algo del orden excluyente”. Es en este sentido que el trabajo sobre las prácticas de consumo de pasta base de cocaína en jóvenes de sectores populares desde una dimensión simbólico afectiva nos permite ver cómo es que se tramitan las afectividades en el marco de las sociedades neoliberales a partir de lo que reconocemos como dureza.

Los cuerpos del consumo de pasta base de cocaína parecen estar caracterizados por la dureza: son esos cuerpos/jóvenes que están físicamente duros, tiesos, “zombies” o “muertos vivos”, como dicen ellos mismos, los medios, los médicos y hasta los académicos. De esta forma,

podemos pensar también que la dureza, que es a la misma vez una cualidad física y una afectividad o modo de relación con los otros, comprende y explica la complejidad de lo que sucede en las subjetividades juveniles marginales, al dar cuenta de una simbólica-afectiva que se inscribe en los consumos de droga, marcas de época, industria cultural y política.

Los paqueros son aquellos consumidores de paco que en su práctica transgreden los límites de lo transable, de lo negociable, todos los códigos instituidos en la villa y en el barrio hasta la llegada de la pasta base de cocaína. Sus corporalidades, como explica Epele (2010, p. 253), dan cuenta de una paulatina muerte social que se traduce en un igual achicamiento del mundo, donde se van perdiendo espacios, relaciones y recursos, e incluso, la propia vida. De esta forma, en el consumo de paco, en el barrio y en la villa hay que hacerse duro, y para transitar la ciudad también. La dureza es vista como un disvalor en una sociedad que promueve las flexibilizaciones, incluso en lo afectivo (el no compromiso, la desconfianza, la soledad e individuación). Así la dureza de la precariedad, de los cuerpos, de las relaciones se convierte en un estigma que refuerza los que ya recaen sobre estos jóvenes de los sectores populares.

Sin embargo, ni el paco, ni la violencia, ni el hedor, ni la precariedad, ni la dureza son otra cosa que el arquetipo del temor al otro, de la incomunicación que caracteriza a estas sociedades del capital –tan sostenidas en los medios de comunicación– a la vez que son su opuesto.

Si la dureza es la contracara de un mundo flexible, y en esa línea es posible de ser concebida como un modo de transgresión o disenso respecto de las pautas sociales dominantes, también la misma dureza es la que opera como quietud, opuesta al movimiento y al cambio, que erosiona la potencia afectiva destruyendo o congelando los lazos filiales y sociales de estos jóvenes. De modo que el consumo de paco, lejos de poder ser visto como una práctica de resistencia es, en realidad, una profunda expresión de la sociedad neoliberal, de sus políticas, economías y afectividades, que deja a los sujetos solos, estigmatizados y duros (inmóviles).

Esta práctica de consumo de paco en jóvenes de sectores populares nos revela que la dureza es una afectividad que no sólo les incumbe a ellos, sino que está presente en el conjunto de la sociedad y se hace carne en los vínculos atravesados por la individuación, la desconfianza, los rechazos, discriminaciones e indiferencias. De este modo, podemos ver cómo es que allí, en esa dureza que se presenta como obstáculo, subyace una posibilidad de cambio que no es inmediato, pero que al volver visible una afectividad también se nos presenta indicios de por dónde seguir. Y ese dónde, que se ve duro en la superficie de la piel y de los huesos, es un tiempo/espacio profundo y fundante que son los sentimientos, los afectos

tos, las emociones y las gestiones históricas y políticas que dan lugar a nuestros pactos sociales. Si para el proyecto capitalista todo aquello que no es visible o que no se corresponde con sus postulados es posible de ser condenado, eliminado, encerrado, muerto, la dureza aparece a veces como castigo para quienes no se corresponden con este orden social, los que son los portadores del hedor: para ellos, “mano dura” y políticas tendientes a bajar la edad de imputabilidad juvenil, por ejemplo. Pero, en preciso señalar que esa inmóvil dureza superficial es la que nos permite bucear en la sensibilidad colectiva, para dar cuenta de cómo es que las creencias estructuran las afectividades y la configuración de los espacios sociales, así como también nos permite comprender que no sólo los consumidores de paco son y están duros, sino que todos lo estamos en tanto también somos los duros hijos del neoliberalismo.

Cuerpo y ciudadanía

Maurice Merleau-Ponty (2012) plantea que la sensación siempre está unida al significado y que es mediante la potencia perceptiva del cuerpo que es posible transformar el sentido del mundo. Siguiendo esta idea, entendemos que la posibilidad de identificarse con el propio cuerpo (es decir, ser nuestro cuerpo, más que tenerlo) permite el reconocimiento de quiénes somos y de los derechos que nos pertenecen. Así resulta clave señalar que si las disposiciones sociales son a la vez unas disposiciones emocionales que ordenan el sentido y el sentir del mundo, y que sobre ellas se legitima y se sostiene la vida en común, vemos cómo es que cuando el cuerpo es concebido como objeto y las emociones se objetivan como un producto de mercado capaz de ser consumido (por ejemplo, en “tener” amor, paz, alegría, felicidad, etc.) y susceptible de ser vendido por los gurúes de moda e incluso hasta por la política del marketing, sin ningún tipo de contextualización, es ahí, cuando la potencia del sentir, de la afectividad, comienza a obturarse limitando nuestras posibilidades de la transformar las condiciones de desigualdad.

De este modo, las afectividades van entramándose y legitimándose en determinadas prácticas sociales, que anulan, silencian o condenan la posibilidad de los conflictos como espacio de encuentro y diálogo, que permiten poner en tensión las desigualdades e invitan a la formulación de soluciones, intercambio de ideas y toma de posiciones. Sin embargo, el deber ser que postulan los dispositivos emocionales hegemónicos niega permanentemente el malestar, las diferencias, los encuentros, estigmati-

zando, medicalizando, encerrando, matando todo aquello que no se corresponde con sus reglas.

El consumo de paco por parte de los jóvenes de los sectores populares da cuenta de unos sujetos que, como hijos del neoliberalismo, portan sus heridas y aunque negados son la contracara de las sociedades del capital. Su práctica, como ya vimos, implica fuertemente una razón individualista, acumulativa, instantánea, fugaz, donde el borramiento del cuerpo —con el que sólo hay identificación al momento de la abstinencia— llega a los bordes de la desaparición y de la muerte. Esta práctica, que deja en profunda soledad a los jóvenes, los anestesia, los deja tiesos, inmóviles, fisurados, heridos, frágiles. La posibilidad de salirse del consumo de drogas y la posibilidad de la felicidad se erigen, en este contexto, en la idea de la autosuperación escindida así de la necesidad del contacto y reconocimiento de los otros, de los afectos, de las instituciones, de los derechos, de los colectivos, de las ciudadanías. Con ello podemos ver el lugar clave de las afectividades y de la corporalidad en la tramitación de las ciudadanías, toda vez que entendemos que ellas son una relación social. Parafraseando al actual vicepresidente boliviano, Álvaro García Linera (1999, p. 173), podemos decir que hablar de ciudadanías es la verificación de una sensibilidad colectiva mediante la que se constituye un “yo colectivo” caracterizado por estar en un permanente proceso de transformación, es decir, de acuerdo a los aconteceres, intereses y políticas que van configurando a los Estados.

Así, el Estado no crea por sí solo la ciudadanía, pero sí se convierte en el espacio social que la verifica institucionalmente, así como también en una síntesis expresiva de los procesos de ciudadanización que se dan en el interior de una estructura social. De este modo, las ciudadanías van adquiriendo sustancia en relación a los Estados y la historia. Brevemente, podemos identificar cómo durante las largas décadas neoliberales en Argentina y en América Latina —esas décadas que aun combatiéndolas, denunciándolas, siguen vivas y con fuerza fundante de nuestras relaciones— ponen en juego unas ciudadanías definidas muchas veces en el ámbito de los consumos, pero sobre todo, unas ciudadanías que se dirimen en una profunda individuación y de las que forman parte apenas aquellos sujetos que se corresponden con los tipos “ideales” o intereses del proyecto moderno y neoliberal.

Desde esta idea de ciudadanías sostenidas en el concepto de libertad como sinónimo de libre mercado, pero también de pulcritud (una pulcritud material y simbólica), esto es: los ciudadanos caminan limpios, sin ensuciarse, atiborrados de una moral, de una ética y de una estética que dialoga con una sensibilidad social empresarial, mercantil; donde libertad

siempre es una cuestión asociada a la “independencia” u “objetividad” de pensamiento, sentimiento y de acción. Y sobre todo, una libertad de los fragmentos sociales, que desune, que aísla los ciudadanos de acuerdo a sus posiciones en el espacio social. De este modo, en relación a los modos en que se configura el Estado liberal, la ciudadanía adquiere otro valor que es el de la negación, el del borramiento del espacio público de toda aquella subjetividad que no se corresponde con el proyecto de la blanquitud, el eurocentrismo, lo patriarcal, etc., y las mayorías —que paradójicamente son llamadas minorías, por su posición de subalterinidad— quedan por fuera del espacio público, y fuera también de los derechos y las ciudadanías. Estas ciudadanías liberales son las que nos enseñan que el tiempo es ahora, es puro presente; y que si queremos ser parte de él debemos resignar nuestro pasado (que es nuestra memoria) y nuestro futuro (que es el tiempo de la esperanza). Es en esta ciudadanía liberal que nos des-conocemos, nos miramos con desconfianza y la individualidad triunfa como valor por sobre la criminalización de la organización colectiva. Aquí la política se convierte en un lugar para unos pocos profesionales o “mercaderes” del Estado.

Pero la ciudadanía tiene más que ver con la comunicación, como práctica o relación social, o como un proceso de construcción de sentidos. En ese aspecto la corporalidad implica uno de los lugares claves desde donde debemos pensar hoy esta relación entre comunicación y ciudadanía. Sucede que otro de los grandes borramientos de las ciudadanías liberales tiene que ver con el borramiento o la negación del cuerpo, y con ello lo que ocurre es un fuerte desempoderamiento, que debemos señalarlo en términos de desciudadanización. Si consideramos que el cuerpo es siempre comunicación —en la medida en que necesariamente es una construcción simbólica, más que un dato o un hecho biológico, natural— la experiencia subjetiva del cuerpo lleva inscriptas determinadas relaciones de poder, que son incorporadas por los sujetos a partir de un determinado orden social en una relación de internalización-externalización de las pautas culturales.

Entonces es importante mencionar que el cuerpo ha sido uno de los grandes protagonistas de las miradas que daban cuenta de los micro relatos, pero también debemos destacar que fue centro de las reflexiones y disparador de debates acerca de las nuevas estéticas generadas por el mercado, las revoluciones femeninas, las identidades sexuales, entre otros, que excedieron el ámbito de lo privado instalándose en las agendas políticas, académicas y mediáticas. Con ello, hoy el cuerpo debe ser pensado en relación a la comunicación y a la ciudadanía, en términos de que

es allí donde se dirimen las articulaciones entre las historias personales y colectivas.

Para entender esto debemos mencionar dos cosas. La primera tiene que ver con que los saberes sobre el cuerpo son ante todo unos “saberes-hacer o saberes-ser” porque, en primera instancia, son saberes sobre el hombre. Y éstos, o bien nuestras creencias prácticas –como indica Pierre Bourdieu (2010, p. 111)– son más un estado del cuerpo que un estado del alma o adhesiones dogmáticas. Allí, sobre estos saberes, hay un poder: el cuerpo implica una serie de creencias e inscripciones del poder, donde lo individual y lo social dialogan de modo permanente, haciendo que la pregunta por la corporalidad resulte clave en nuestros días. Así, el cuerpo de las ciudadanías liberales es un cuerpo encerrado y además, silenciado, alejado de los placeres de la carne, cuya cercanía provoca pudor. Es el cuerpo higienizado, pulcro, ascético. El que debe guardar/cuidar los estados emocionales. Es el cuerpo de la razón, del orden y del progreso: el cuerpo moderno es aquel caracterizado por la norma, por la homogeneidad. La segunda dimensión que es preciso tener en cuenta tiene que ver con los sectores populares, en tanto constituyen “el otro” de los espacios claves donde debemos trabajar en esta relación entre ciudadanía y comunicación, donde el cuerpo resulta central. Especialmente porque en las sociedades capitalistas el cuerpo es un valor (es fuerza de trabajo, de choque, de manifestación), a la vez que es inalienable del sujeto: si las regulaciones del capital acumulan para unos pocos y quitan todo al resto, la experiencia de la corporalidad se corresponde con la propiedad –tal vez la máspreciada– de los sectores subalternos. El cuerpo es poder antes que cualquier otra cosa. Ya sea para impugnar, resistir, rechazar un orden social, como para continuarlo, recrearlo o negociarlo, las prácticas mencionadas significan siempre en alguno de estos sentidos.

Así, es importante preguntarnos cómo es que los sujetos pueden (re) inventarse en la experiencia del cuerpo y con ello mutar los modos de estar juntos con los otros, en y con el mundo. Los contextos actuales nos permiten reconocer los modos en que los jóvenes están poniendo sus cuerpos a diario en distintos ámbitos: hacen política, desde el amor y la alegría, proponen equidad, dicen no a las exigencias de los grandes poderes hegemónicos que no hacen más que robar la dignidad de los pueblos; inauguran nuevos tiempos/espacios para vivenciar el cuerpo en la red, haciendo de lo virtual algo real, con sentido; exigen el derecho a ser sus cuerpos, en las luchas por las identidades de género y diversidad sexual. Pero son, también, los cuerpos desc ciudadanizados, los que aún siguen desepoderados; son los cuerpos del horror que cotidianamente nos arroja

la razón neoliberal: los cuerpos duros del paco, los cuerpos desaparecidos, los cuerpos de las violencias.

Como plantea Federico Neiburg, las visiones normativas descalifican la combinación entre política y conflictos personales (además de negar la corporalidad y la afectividad en pos de la razón) tratándolos como sobrevivencias de un pasado premoderno y describiéndolos como espectáculo. La buena política es imaginada “como el dominio de hombres y mujeres racionales y abstractos, libres de lazos personales” (2003, p. 1). Precisamente, en la exacerbación del modelo neoliberal de individuo racional, aislado, se hace más difícil apreciar la forma en que ciertas experiencias de construcción de significado en la vida privada se proyectan sobre la pública. De allí que resulta necesario atender a esta relación entre cuerpo, comunicación y ciudadanía, que es lo mismo que mirar o atender a cómo es que la ciudadanía (o la desc ciudadanización) se nos hace carne. Habitualmente asociamos a lugares comunes y desde una dimensión meramente personal (como responsabilidades que recaen sobre individuos aislados) asuntos como las violencias (todas, las institucionales, las domésticas, las de género, las institucionales), o los consumos de drogas, o los conflictos alimenticios, o bien los delitos, las muertes, las desapariciones, o la apatía política, etc. Sin embargo, nada de ello puede comprenderse sin cavar profundo en las creencias que sostienen nuestras prácticas, en esta dialéctica infinita entre individuo-sociedad, y los modos en que encarnamos estos saberes sobre el mundo y nos relacionamos desde allí, hacemos ciudadanía y Estado desde allí.

Si, como dice García Linera (1999, p. 178), las ciudadanías liberales son fantasmagóricas (porque promueven la pulcritud, la despolitización y el desarraigo histórico), lo que podemos llamar unas ciudadanías populares son las que comienzan a configurarse alrededor de estos nuevos Estados en la región; son unas ciudadanías empoderantes, donde los sujetos más que sujetos de derecho son sujetos políticos que participan de las disputas del espacio público, de la articulación entre los conflictos de intereses. Para constituir estas ciudadanías populares es necesario atender fuertemente a cómo es que tramitamos nuestras corporalidades, afectividades y creencias en relación a que somos nuestros cuerpos y desde allí expresamos una totalidad y el reconocimiento de nuestro derecho al bienestar por sobre la idea de tener un cuerpo disociado del sujeto, fragmentado, carente, donde siempre falta algo.

Necesitamos, entonces, encarnar el barro y la esperanza para empoderarnos desde allí y alterar el orden de una historia de opresiones afectivas, simbólicas y materiales. Tal vez allí está el indicio para unas ciudadanías que aún habitan silenciadas en sectores como los que cons-

tituyen los jóvenes consumidores de pasta base de cocaína. El camino hacia ellas implica del compromiso y la organización colectiva, así como también de un tiempo, que no es el del capital, que es lento y demanda bucear y cavar profundo en las historias y creencias del hedor arraigadas allí. Un tiempo parsimonioso pero no imposible.

BIBLIOGRAFÍA

- ALABARCES, Pablo y Garriga Zucal, José (2007). "El "aguante": una identidad corporal y popular". En: *Revista Intersecciones en Antropología*, Num. 9. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-373X2008000100020
- BERLANT, Laurent (2011). *El corazón de La Nación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BOURDIEU, Pierre (2010). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- DE CERTEAU, Michel (1999). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: nueva edición por Luce Giard, Universidad Iberoamericana Departamento de Historia, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. Publicado por Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia.
- EPELE, María (2010). *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2004). *Diferentes, Desiguales y Desconectados. Mapas de la Interculturalidad*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (1999). "Ciudadanía y democracia en Bolivia 1900-1998". En *Revista Ciencia Política*, Año IV, No. 4.
- HAN, Byung-Chul (2014). *La agonía del eros*. Barcelona: Herder
- MARTÍN BARBERO, Jesús (2015). "Bienvenidos al caos". Conferencia dictada en el marco del Seminario Internacional "Políticas, estructuras y ciudadanías: pensar la comunicación en la era tecnomediática", organizado por Ciespal y el Grupo de Trabajo CLACSO Comunicación, política y ciudadanía en América Latina. Ciespal, Quito, Ecuador.
- MUNDO, Daniel (2012). *Merleau-Ponty existencialista*. Buenos Aires: Ediciones Godot Argentina.
- NEIBURG, Federico (2003). "Intimidad y esfera pública. Política y cultura en el espacio nacional argentino". En *Desarrollo Económico*, Vol. 170, N° 43.
- SAINTOUT Florencia (2014). "Los saberes académicos en contextos de compromisos: la epistemología de barro". Conferencia dictada en el marco del XII Congreso ALAIC, PUCP, Lima, Perú.
- SAINTOUT, Florencia (2013). *Los jóvenes en la Argentina. Desde una epistemología de la esperanza*. Bernal: Editorial Universidad Nacional de Quilmes.

Jóvenes y alimentación: su visibilización en la producción web

DRA. AYLÉN SIDUN

En un contexto que profundiza las desigualdades en el acceso a los derechos políticos, sociales y económicos, el consumo se convierte, al mismo tiempo, en una práctica de integración y exclusión en diferentes colectivos juveniles. Las conductas de alimentación de determinados jóvenes se ven influenciadas por condicionamientos sociales y estereotipos establecidos, en una sociedad con primacía del mercado. El ideal de un cuerpo delgado se ha convertido en una exigencia cotidiana de acceso a determinados espacios. Las políticas de trabajo y las relaciones sociales se convierten en lugares vedados para muchos jóvenes, que encuentran una manera de ingreso/acceso por medio del cuidado de la estética, a través de prácticas que ponen los ponen en riesgo: una ingesta diaria mínima de las calorías necesarias para un organismo, según lo establecido por la medicina tradicional comprometen la salud de cuerpos jóvenes.

La sociedad de consumidores (o de consumo) refiere a un conjunto específico de condiciones de existencia, bajo las cuales son muy altas las probabilidades de que la mayoría de los hombres y mujeres adopten el consumismo antes que cualquier otra cultura, así como las de que casi siempre hagan todo lo posible por obedecer sus preceptos. Sin embargo, no podemos pensar que estas prácticas de consumo son irracionales, carecen de sentido y de lógica; verlo así es, al menos, una mirada reduccionista. Tampoco podemos pensar que el no consumo de alimentos de determinados jóvenes son prácticas irracionales y sin sentido, más aún para aquellos que las practican. Es necesario pensar entonces los sentidos construidos por diferentes jóvenes sobre la decisión de restringir de modo extremo o no consumir alimentos pudiendo hacerlo.

La categoría juventud hace referencia a una construcción socio histórica. Cuando Bourdieu (Bourdieu, 1990) afirma que la juventud ‘no es más que una palabra’ está hablando del carácter simbólico, de constructo sociocultural de la condición de la juventud. Pero el carácter simbólico de los jóvenes no es mero signo, construcción cultural separada de las condiciones materiales e históricas que condicionan su significancia: la juventud, también, es *más que una palabra* (Margulis, 1996). En este trabajo pensamos en los jóvenes no como una cuestión determinada únicamente por la edad, sino reflexionando cómo el dato biológico se encuentra cargado social y culturalmente. Existen diferentes y desiguales modos de ser joven, la condición de juventud no se ofrece de igual forma al conjunto de los integrantes de la categoría estadística joven.

Así como no existe una sola manera de ser joven, tampoco existe una única forma de entender y pensar en torno a los trastornos de la alimentación como la anorexia, sino que los relatos sobre la misma estarán diseñados desde un particular lugar dentro del espacio social. Estas diferentes concepciones se encontrarán mediadas por la pertenencia a los distintos jóvenes que comparten una misma marca epocal y están expuestos a unos mismos hechos históricos que, aunque vividos de maneras diferenciales, nos permiten hablar de una generación (Urresti, 2002). La “marca epocal” de estos jóvenes tiene que ver con la existencia de una sociedad de consumo descrita por Bauman como una sociedad “que promueve, alienta o refuerza la elección de un estilo y una estrategia de vida consumista” (Bauman, 2006). El consumo es entendido en este trabajo desde los lugares en que fue pensado en la antropología y los estudios culturales, es decir como un consumo cultural. Esta mirada problematiza las dimensiones simbólicas del consumo, presuponiendo que todo consumo, además de responder a una lógica económica o material, es ante todo un consumo situado social e históricamente. Los/las jóvenes que deciden no consumir alimentos están optando por mucho más que por una cuestión material. A través de su decisión hay una opción que simboliza una postura en torno a los modelos propuestos en la sociedad en la que viven.

El antropólogo argentino Néstor García Canclini desarrolla el concepto de consumo cultural desde una aproximación transdisciplinaria, en un intento por superar los obstáculos teóricos e ideológicos que caracterizan por lo general al consumo. Para Canclini, el consumo cultural es “el conjunto de procesos de apropiación y usos de productos en los que el valor simbólico prevalece sobre los valores de uso y de cambio, o donde al me-

nos estos últimos se configuran subordinados a la dimensión simbólica”⁸. Es el consumo de un bien que juega su valor dentro del campo cultural, campo en el que Canclini incluye a los medios masivos de comunicación.

El consumo de la estética

La sociedad de consumo propone un cuerpo que corresponde a un modelo de talla delgada, donde estar en forma se reduce a los menores kilos posibles y la mayor firmeza muscular. Aparece con el cuerpo una dedicación que ya no tiene que ver con el concepto de salud propuesto a principios del siglo XX, sino con un concepto de salubridad que se cumplirá mientras más delgado y firme se esté. Como las deudas que nos propone el mercado para poder obtener los bienes que necesitamos para ‘estar’ en el mercado, al cuerpo se le deben cuidado y atención: si se descuida esa obligación, habría que sentirse culpable y avergonzado. Las imperfecciones de mi cuerpo son mi culpa y mi vergüenza cuando no se los cumple, en una sociedad que plantea parámetros bien definidos.

El consumo de determinados bienes materiales y simbólicos no escapa a la necesidad de tener y alcanzar formas establecidas socialmente. En diferentes épocas y lugares las sociedades han modelado los cuerpos a través de lo que Foucault ha denominado “dispositivos de vigilancia y control”: dispositivos que se establecen las medidas y las formas estándar que deben cumplirse. Como bien ejemplifica Rossana Reguillo “el cuerpo caliente y masculino de la Grecia clásica, el cuerpo frío y negado de la época victoriana (...) el cuerpo andrógino de la sociedad de consumo, el cuerpo virtual de la era tecnológica”. (Reguillo, 2006)

En la sociedad de consumidores, el código que determina la “política de vida” deriva de la praxis de ir de compras. Entre esas opciones aparece como indispensable la necesidad de comprar el propio cuerpo, teniendo que adquirir todo lo necesario para lograr el ideal establecido del cuerpo-producto perfecto: dietas calóricas y numéricas, recetas implementadas por cada uno, recomendaciones en revistas especializadas y no especializadas... nuevas maneras de hacer gimnasia. Como lo describe Bauman “los lugares ganados o asignados sobre el eje de excelencia/ ineptitud de rendimiento consumista se convierten en el principal factor de estratificación y en el criterio fundamental de inclusión y exclusión, a la vez que marcan la distribución de la estima o el estigma social, así como la cuota de atención pública” (Bauman, 2002). En una cultura caracterizada

8. GARCÍA CANCLINI, Néstor. *“El consumo cultural en México”*. Consejo Nacional para la cultura y las Artes. México, 1993.

por el consumo, estos jóvenes se convierten en productores de su propio cuerpo como única vía para pertenecer y lograr determinados accesos: al mundo del trabajo, a la aceptación de sus pares, a las reglas establecidas por la sociedad. Necesitan del cuerpo moldeado y sin excesos grasos para poder alcanzar la atención pública: cada kilo es una parte de la cuota adeudada. Producto realizado por uno mismo a través del trabajo de todos los días, el cuerpo es el resultado del esfuerzo. El compromiso cumplido da réditos de triunfo, de éxito personal y marca del producto que es ser uno mismo. El cuidado (casi obsesivo) del cuerpo se convierte en la entrada para poder asistir y permanecer a la sociedad de consumo.

Hay una producción social de las formas estéticas masivas que regulan la conformación de los cuerpos juveniles. Sin sacralizarlo, no hay que desconocer que el mercado apoyado por la industria publicitaria “es suficientemente hábil para captar y resemantizar los pequeños y grandes giros de la diferencia cultural” (Reguillo, 2006). Si bien no se puede relacionar de manera simple el mercado, las estrategias publicitarias y la violencia juvenil en determinados sectores hay una relación mediada entre los imaginarios propuestos por el mercado y los diferentes modos de apropiación, negociación y resemantización de estos imaginarios por parte de los jóvenes. En la sociedad de consumo los medios de comunicación juegan un rol fundamental en la definición de estas exigencias teniendo en cartel una programación que focaliza en el cuerpo de manera constante la relación con el éxito. Este cuerpo será exitoso en cuanto porte menor grasa, en cuanto se le noten más los huesos y pueda exhibir los músculos marcados por el esfuerzo cotidiano.

Como ya hemos señalado, las prácticas de consumo no son irracionales, no carecen de sentido y de lógica. Es necesario pensar, entonces, las restricciones alimenticias de mujeres y hombres jóvenes que pueden acceder a una dieta apropiada. Como explica Enrique Valente

“anorexia y bulimia son patologías de la alimentación que se pueden considerar “paradigmáticas de una sociedad y una época que propicia el contradictorio discurso del consumismo ilimitado y al mismo tiempo la privación acorde con las exigencias de cierto esquema corporal legítimo: el de la primacía absoluta de la delgadez” (Valente, E., 2008).

Son decisiones racionales las que toman jóvenes que necesitan verse delgados para o ser excluidos de los ámbitos a los que quieren ingresar sin ser rechazados: las salidas nocturnas, los amigos, el trabajo, la escuela. Pertenecer a esos espacios comunes sin ser discriminado hace que las decisiones puedan resultar sin sentido. El contrasentido pareciera ser

no entender o simular desconocer que estas decisiones luchan por lograr estar en un ámbito negado si no se poseen los contornos aclarados una y otra vez en cada programa televisivo, en cada espacio público, en cada propaganda publicitaria.

Frente a la evidencia de que en el consumo hay diversas lógicas que intervienen y que no pueden ser explicadas sólo desde una perspectiva económica o desde modelos conductistas, Canclini propone seis modelos teóricos, seis racionalidades, provenientes de diferentes disciplinas, ninguna de ellas autosuficientes sino complementarias.

Estas racionalidades que se propone articular con el propósito de participar en una conceptualización global del consumo son la racionalidad económica; la racionalidad sociopolítica interactiva; la racionalidad simbólica y estética; la racionalidad integrativa y comunicativa; la racionalidad del deseo y, por último, tras la crisis de la modernidad, muchas corrientes de pensamiento posmoderno hablan de la diseminación de los sentidos, la dispersión de los signos y la dificultad de crear códigos estables y compartidos por lo que propone una racionalidad posmoderna, en la que conjuga que ante el agotamiento de los metarrelatos que organizaban la racionalidad moderna sirve para repensar las formas de organización compacta de lo social característica de aquella etapa, pero que en muchos casos ha llevado a una exaltación de un supuesto desorden posmoderno. Frente a esta idea de diseminación de los sentidos, que introduce el deseo, dispersión y desorden, hace anclaje el consumo, porque "ninguna sociedad soporta demasiado tiempo la irrupción errática y diseminada del deseo. Ni tampoco la consiguiente incertidumbre de los significados"⁹. El consumo aparece entonces como rito, como lo que va dando sentidos a las prácticas. La posesión o acceso a cierto tipo de productos implica acceder a un modo particular de experimentar el mundo que se traduce en adscripciones y diferenciaciones identitarias.

La persecución del cuerpo 'perfecto' para estos jóvenes se convierte en el estilo de vida para poder pertenecer este mundo que transitan y responder a las reglas que el mercado impone, demostrado de manera extrema en muchos casos, como una balbuceante impugnación a lo establecido.

9. GARCÍA CANCLINI, Néstor. *"El consumo cultural en México"*. Consejo Nacional para la cultura y las Artes. México, 1993.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Zygmunt (2001): *En busca de la política*, FCE, Buenos Aires.
- (2002): *Modernidad Líquida*, FCE, Buenos Aires.
- (2007): *Vida de Consumo*, FCE, Buenos Aires.
- BOURDIEU Pierre, “La juventud no es más que una palabra”, en *Sociología y Cultura*, Grijalbo México, 1990.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (coordinador): *Consumo cultural en México*, Consejo Nacional para la cultura y las artes, México, 1993.
- KORNBLIT, Ana Lía, “Juventud y vida cotidiana”, Editorial Biblos, Buenos Aires 2007
- MARGULIS, Mario, “La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud”, Ed. Biblos, Buenos Aires, 1996.
- REGUILLO CRUZ, Rosana, “Emergencia de las culturas juveniles. Estrategias del desencanto”, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2006.
- SAINTOUT, Florencia (2009) “Jóvenes: el futuro llegó hace rato. Comunicación y estudios culturales latinoamericanos”, Prometeo Libros, Buenos Aires.
- (2009) “¿Culturas violentas? La producción mediática de violencias legítimas/ilegítimas y de sujetos viables/inviabiles. El caso de las juventudes”, <http://www.perio.unlp.edu.ar/observatoriodejovenes/archivos/culturasviolentas.pdf>, 15 de septiembre de 2009.
- SAINTOUT, Florencia y Varela, Andrea, “Jóvenes: consumo y medios, claves para pensar la cuestión”, http://www.sada.gba.gov.ar/produccion/juventudpdf/saintaut_varela.pdf, 15 de agosto de 2009.
- SIDUN, Ayelen, “Anorexia y juventud y comunicación: representaciones sobre la muerte en jóvenes con trastornos alimenticios”, ALAIC, 2008.
- VALIENTE, Enrique, “Anorexia y bulimia: el corsé de la autodisciplina”, Biblos, Buenos Aires, 2008.

Palabras finales

A lo largo de este libro hemos puesto en escena algunas de las dimensiones que configuran las prácticas culturales juveniles, sus experiencias de participación política y de ejercicio de la ciudadanía, articulando una serie de investigaciones llevadas adelante desde el Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios donde se ponen en permanente tensión el modo en que concebimos la producción de conocimiento en y desde las ciencias sociales y su necesidad de anclarse en las demandas sociales. Desde los estudios de comunicación y juventudes que llevamos a cabo, consideramos clave poner en valor los distintos modos en que los jóvenes están entrando hoy a la política en unos tiempos históricamente situados. En este sentido, este libro pone de relieve reflexiones y discusiones ineludibles alrededor de la relación entre jóvenes, cultura-política-ciudadanía y ciencias sociales.

Las diversas formas de participación e intervención juvenil en el espacio público y político permiten comprender las dinámicas sociales, políticas y culturales de una sociedad y conllevan, además, la expresión de los conflictos sociales más generales: ellas dan cuenta de múltiples maneras de lo que se juega, de lo que se pone en valor y en tensión en las tramas de una comunidad. De allí que la perspectiva inter-generacional —esa que no escinde el “mundo adulto” del “planeta joven”, sino que en su lugar articula las experiencias en el marco de una historia que las contiene— resulta una clave para el análisis sobre la participación juvenil. Encontramos así unos jóvenes que al calor de la recomposición de los Estados en la última década —en algunos países latinoamericanos— o bien ante la ausencia de los mismos para garantizar los derechos ciudadanos —como es el caso de México, Chile, España, Egipto, Grecia— se tornan presentes y recobran fuerte protagonismo en el espacio público pero ya no como actores sociales sino y fundamentalmente como sujetos políticos, interviniendo con fuerza en el debate y la disputa por los recursos estatales de este nuevo siglo.

En nuestro país valen destacarse las políticas estatales que contribuyen a generar y repensar a los jóvenes en los actuales espacios públicos y políticos. En especial, las políticas tendientes a la ampliación de derechos de los jóvenes se traducen en leyes que garantizan derechos sociales, políticos y civiles que hacen posible mayores niveles de inclusión. Entre ellas, la Ley de Protección Integral de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes, la Ley de Creación del Consejo Federal de Juventud, la Ley de Educación Nacional (obligatoriedad de la escuela secundaria), la Ley de Ciudadanía Argentina (ampliación del derecho a voto a los jóvenes de 16 y 17 años), la Ley de Conformación de Centros de Estudiantes Secundarios, entre otras. De esta forma, en relación a tales avances normativos emergen una serie de políticas desde y con los jóvenes, como son el Programa de Salud Sexual y Procreación Responsable, la Asignación Universal por Hijo, el Programa Conectar Igualdad, el Programa Jóvenes con Más y Mejor Trabajo, el Programa de Respaldo a Estudiantes de Argentina, el Plan de Finalización de Estudios Primarios y Secundarios. Todas estas, políticas con enfoque de derechos orientadas a garantizar condiciones de vida dignas de este sector poblacional mediante inversión pública en materia de seguridad social.

El carácter inclusivo y redistributivo de las políticas económicas y sociales implementadas ha posibilitado que amplios grupos de la población joven replensen sus trayectorias de vida en los distintos ámbitos: sanitario, educativo, productivo, social, laboral y cultural. Este proceso de reinserción progresiva, posibilitado por políticas del Estado Nacional, constituye una apuesta que busca estimular el involucramiento de los jóvenes en el espacio político y social de su comunidad, y que responde a la necesidad de fortalecer prácticas y valores democráticos en la ciudadanía.

En este marco, la creciente participación política juvenil en Argentina ubica a los jóvenes en un tiempo presente con certidumbres desde las que diseñar el propio futuro y ya no sólo en el lugar del joven problema atravesado por el riesgo y la vulnerabilidad. Y es que la ampliación de derechos y el espacio de la política como marco de certidumbre permiten a los jóvenes pensar en términos de proyectos políticos y colectivos, legitimándose como actores políticos y causa política a la misma vez. Sin embargo, ni todos los jóvenes argentinos son militantes; ni podemos abandonar por completo los mecanismos de la exclusión, la violencia y la precariedad para pensar en las prácticas juveniles, en tanto éstas –como el neoliberalismo– alcanzan un alto nivel de crisis y críticas pero sin desaparecer y conviviendo con este nuevo escenario que –no sin dificultades– emerge colocando a la política como ordenadora de las vidas cotidianas de muchos jóvenes.

La participación juvenil, la militancia política y/o el ejercicio de la ciudadanía remiten siempre a la capacidad de agencia de los sujetos, de modo que resulta necesario profundizar la mirada sobre aquellos modos de participación en la configuración del espacio público contemporáneo, para dar cuenta de cómo es que estas prácticas juveniles están narrando quiénes son y qué intereses tienen las nuevas generaciones en relación a la historia, a las herencias de las generaciones anteriores y a los modos en que conviven con ellas, en un tiempo histórico marcado por grandes cambios políticos, sociales, culturales, científicos y tecnológicos, así como también por avances y retrocesos en la historia de la relación entre jóvenes, ciudadanía y participación política.

La ciudadanía –entendida como práctica o relación social, proceso de construcción de sentidos y de transformaciones políticas– es más una cuestión vinculada a la comunicación que con la comunicación que con una cuestión de medios. Sin embargo, éstos operan fuertemente en la configuración de nuestras subjetividades y ciudadanías, así como en los procesos democráticos. En ese sentido, esta relación entre comunicación y ciudadanía se encuentra atravesada por los intereses del capital que –para su existencia y reproducción– se basan fuertemente en el sistema mediático hegemónico. Desde allí se ubica a los jóvenes siempre en el lugar de la espera, además de presentarse como unos sujetos incapaces de decidir sobre sus propias condiciones de vida; sobre ellos recaen los discursos (que luego, sabemos, tienen consecuencias institucionales y políticas) que los acusan de apáticos cuando no se involucran en los asuntos de interés público, pero también de víctimas y o victimarios, ya sea que sus prácticas vayan desde la militancia política hasta los consumos de drogas. Son víctimas, por ejemplo, de un sistema político que les miente, los engaña; los usa para alcanzar ciertos grados de poder y luego los descarta. También son víctimas del flagelo de la droga (dicen los medios y algunas instituciones); y son victimarios toda vez que construyen y ejercen posiciones de poder, que reclaman el reconocimiento de sus derechos (esto en relación a la participación política y el espacio público) pero también son victimarios si para comprar drogas delinquen, si entienden que sólo en ese acto pueden ejercer poder a través de infundirle miedo a los otros, a unos otros que no los ven, que no los reconocen.

Posicionar a los jóvenes en tanto víctimas o victimarios tiene el efecto de negar su capacidad de agencia; y en este punto los medios de comunicación (pero no sólo ellos) operan fuertemente en la estigmatización de los sectores juveniles que no se corresponden con el modelo de juventud propuesto por el mercado, objetivando sobre ellos los miedos, los peligros,

los desvíos. Estos miedos paralizan derechos, miradas críticas, políticas sociales tendientes a la inclusión y las ciudadanías. Al mismo tiempo, toda vez que los consumos (como vemos en el caso de la pasta base de cocaína) ordenan la vida cotidiana, también allí se erosiona la capacidad de agencia, en tanto los jóvenes poseen posiciones y capitales asimétricos respecto del mercado, de los medios e incluso de los adultos.

En este sentido es importante volver a destacar las implicancias que tienen las disputas culturales en el espacio público y de qué modo éste se va reconfigurando en función de las nuevas generaciones. En este caso, vale destacar la apropiación que las y los jóvenes realizan de las TIC y cómo estas funcionan, tanto como medios de comunicación para los diversos modos del ejercicio de la ciudadanía, como espacios en sí mismos para la participación.

Si entendemos que las ciudadanías adquieren hoy un carácter que excede al espacio público en términos de las democracias liberales, resulta significativo que más del 50% de las y los jóvenes (que han sido encuestados en uno de los trabajos presentados en este libro) indiquen que las redes sociales se constituyen para ellos el principal espacio de expresión y de participación. Este dato cobra especial relevancia si consideramos que el derecho a expresarse, ser visto y oído, el derecho a la comunicación, equivale también al derecho de existir/contar-se socialmente, tanto en el terreno individual como el colectivo, tanto en el de las mayorías como en el de las minorías. Sucede que en un contexto como el actual, de monopolización de los medios masivos de comunicación, que promueve la desigualdad en cuanto al acceso a la información y a la diversidad de ideas políticas, sociales y culturales, cohibiendo el derecho a la comunicación, las redes sociales adquieren aún más potencialidades que los medios tradicionales. Éstas, a su vez, abren un abanico de posibilidades en cuanto a la producción de contenidos, mensajes, conversaciones e interacción. Pero esto no sucede sin conflicto: más que la fe ciega en el poder de las tecnologías para la ampliación de la ciudadanía, es necesario detenerse en el análisis de las experiencias, los reconocimientos y los sentidos (que pueden ser, incluso, contradictorios) de la participación, donde las tramas y las trampas de la articulación consumo/ciudadanía se presentan permanentemente reconfigurando los modos de congregarse, de estar juntos de los jóvenes y de éstos con otros actores como los referentes institucionales y los medios de comunicación.

La participación juvenil, así como el ejercicio de la ciudadanía por parte de los jóvenes, los exhorta a poner el cuerpo: desde las resistencias, las militancias, las organizaciones e intervenciones en el espacio público e incluso en la web, unos cuerpos que se hacen de derechos promovidos

y de esos que aún faltan conquistar. En este escenario los jóvenes están poniendo sus cuerpos a diario, en distintos ámbitos donde la propiedad e intimidad de las corporalidades atraviesa el ámbito de lo privado para convertirse en luchas por la equidad y la igualdad. Así, los jóvenes hacen política en el encuentro con los otros cuerpos; dicen no a los postulados anquilosados y a las exigencias de los grandes poderes hegemónicos, que no hacen más que robar la dignidad de los pueblos; inauguran nuevos tiempos/espacios para vivenciar el cuerpo en la red, haciendo de lo virtual algo real, con sentido; exigen el derecho a ser sus cuerpos en las luchas por las identidades de género y diversidad sexual; y son, también, los cuerpos del horror que cotidianamente nos arroja la razón neoliberal: los cuerpos de la droga, los cuerpos desaparecidos, los cuerpos de las violencias.

Con todo esto, uno de los desafíos que tienen por delante los estudios de juventud tiene que ver con producir conocimiento acerca de esta relación sobre jóvenes-política-ciudadanía desde unas epistemologías sensibles a los tiempos que corren, atentas a los puentes que siguen siendo necesarios tender en términos generacionales, así como en relación a estas producciones y las políticas públicas tendientes a mejorar las condiciones de vida de los jóvenes y sus comunidades. Ello es posible si, más que desde unas perspectivas del deterioro, las ciencias sociales son capaces de abordar estas prácticas juveniles desde una epistemología de la esperanza.

En esa clave se inscriben los distintos trabajos que componen este libro, dando cuenta de que la participación de los jóvenes resulta importante para la organización crítica de la vida social, la realización individual y colectiva de un proyecto comunitario y el fortalecimiento de los procesos de integración. Para ello es necesario estimular la participación de las y los jóvenes de manera que, en tanto sujetos políticos, sean capaces de llevar a cabo proyectos que les permitan desarrollarse plenamente. En este punto, vale decir que el camino de la promoción de la participación juvenil y de la ampliación de la ciudadanía parecen ser opciones acertadas, en tanto nada molesta más a los grandes poderes del capital que unos jóvenes críticos, organizados, militantes.

Las experiencias culturales y políticas de los jóvenes en la actualidad no sólo son el centro de las discusiones en el espacio público, sino también son un asunto clave en las agendas de los medios de comunicación tanto como de las académicas. De este modo, estamos ante el desafío que tienen los pensadores, intelectuales críticos y trabajadores de las ciencias sociales de construir unas miradas acerca de los jóvenes que más que escindir el “mundo adulto” del “planeta joven”, tienda puentes capaces de mejorar sus condiciones de vida en términos materiales y simbólicos.

Atentos a tales desafíos, las discusiones que aquí encontrarán abandonan las miradas con el foco puesto en el deterioro de las subjetividades juveniles, colocando en su lugar las perspectivas marcadas por la esperanza, contra los horrores y los miedos que oprimen y paralizan. En esta clave, la participación de los jóvenes resulta fundamental para la organización crítica de la vida social, la realización individual y colectiva de un proyecto comunitario y el fortalecimiento de los procesos de integración y democráticos.

Los trabajos que se presentan en este libro dan cuenta de las investigaciones del Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP) alrededor de las prácticas políticas y culturales juveniles contemporáneas. En este sentido, aquí se encuentran distintas dimensiones de abordaje en torno a las políticas públicas, la participación política, la ciudadanía, los medios de comunicación, las industrias culturales, las tecnologías, los consumos, la salud, los cuerpos y las afectividades que configuran las subjetividades de los sujetos jóvenes en la Argentina de hoy.

ISBN 978-987-1309-26-9



9 789871 309269